

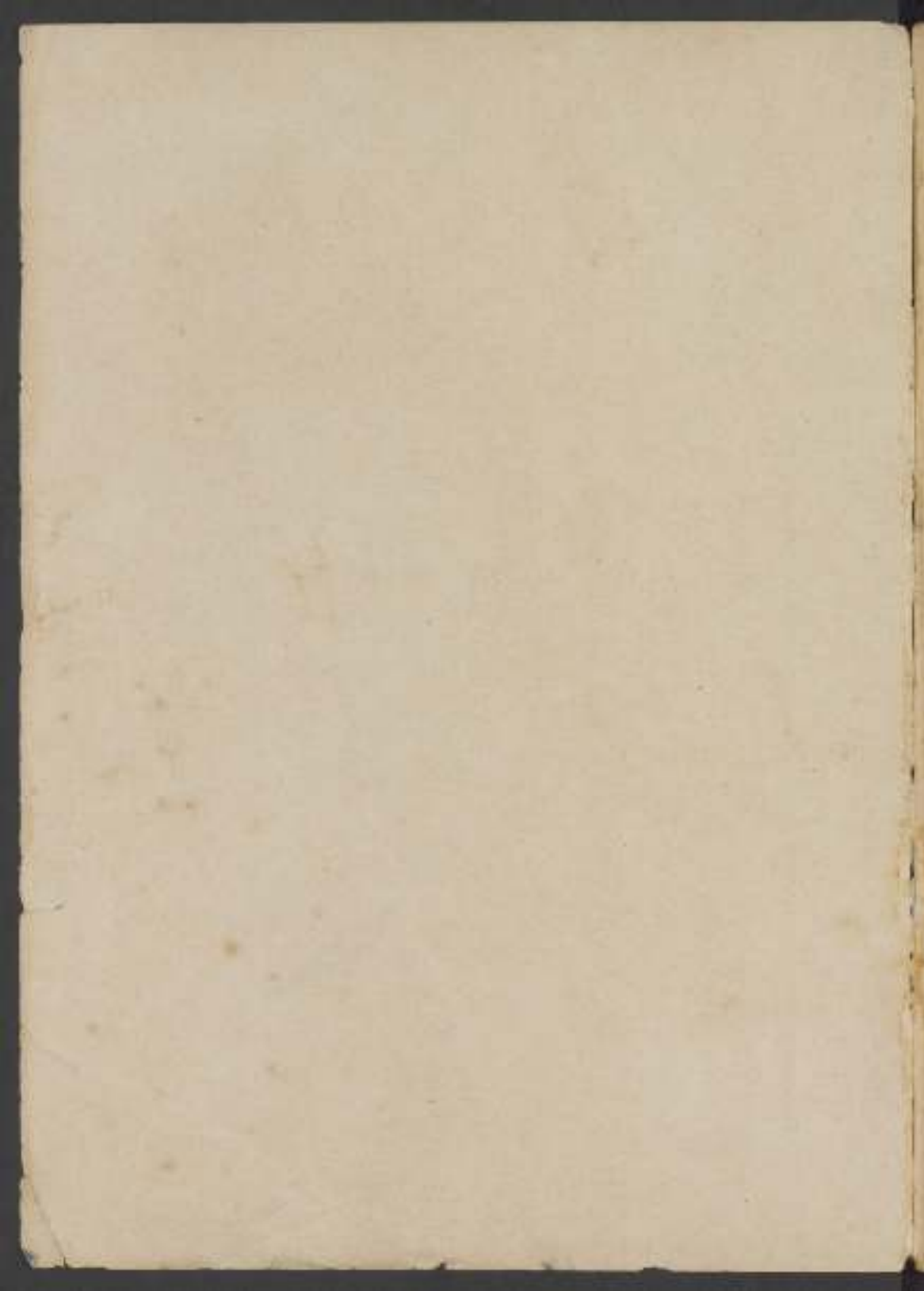
EDICIONES
BISTAGNE



LA MUJER

Maria Ladrón de Guevara
Rafael Rivelles
José Crespo.





25309

9<

LA MUJER X

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Páase de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

LA MUJER X (1971)

Adaptación cinematográfica de la comedia de
ALEXANDRE BISSON

Dirigida por CARLOS BORCOSQUE

Versión española de
EDUARDO UGARTE y JOSE LOPEZ RUBIO

III Edición

ES UN FILM HABLADO TOTAMENTE EN ESPAÑOL

Metro-Goldwyn-Mayer

Distribuido por

Metro-Goldwyn-Mayer

IBÉRICA, S. A. «» Mallorca, 220 «» Barcelona

Argumento narrado por EDICIONES BISTAGNE

REPARTO

<i>Jauchina</i>	MARIA LABRON DE GUEVARA
<i>Raimundo</i>	JOSE CRESTO
<i>Floriot</i>	RAFAEL RIVELLES
<i>Noel</i>	Juan Martínez Pía
<i>Rosa</i>	Carmen Rodríguez
<i>Doctor</i>	Luis Llunaza
<i>Col. Hamby</i>	Alfredo del Djestro
<i>La Roque</i>	Fred Malatesta
<i>Merrival</i>	Manuel Arbó
<i>Perinard</i>	José Peña
<i>Darrell</i>	Julio Peña
<i>Valmorin</i>	Lucio Villegas
<i>Juez</i>	Antonio Vidal

LA MUJER X

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Estaba sentada en un banco de aquel parque que diariamente visitaba.

Huellas de sufrimiento en el rostro, pero conservaba toda la frescura de su belleza. Tampoco su figura, gentilísima, había perdido nada en aquellos días de adversidad, en aquel martirio que se leía en sus ojos.

Vestía con elegancia de gran señora. En su actitud y en sus movimientos más insignificantes se evidenciaba el ambiente de distinción en que siempre había vivido.

De pronto, el llanto de un niño la sacó de sus meditaciones. Era un

pequeñuelo que había caído delante de ella. Lo levantó y se lo sentó en las rodillas, para limpiarle las manos y consolarle.

—¡Vamos, no llores! No ha sido nada.

Inmediatamente llegó una uniformada nurse, que cogió al pequeño en brazos.

—Los hombres han de ser valientes, Jack. Anda, ve a jugar y aprende a no molestar a las señoras.

El pequeño obedeció mientras la dama exclamaba:

—¡Pobrecillo! No me ha molestado.

—Gracias, señora.

—Oigame. ¿Viene todos los días a este parque con el niño?

—Sí, señora.

—Entonces ¿conoce usted a un niño que suele venir también y que se llama Raimundo?

—¿Raimundo? —repitió la nurse haciendo esfuerzos para recordar.

—Sí, Raimundo Floriot. Le acompaña una mujer de edad que se llama Rosa.

—Sí, sí. Ya sé a quién se refiere.

—Hace muchos días que no lo veo por aquí.

—Es que está enfermo, señora.

La dama empalideció.

—¿Enfermo?

—Sí, señora —repuso la nurse sin comprender el gesto de inquietud de la dama—. Es más, creo que el pobrecito está grave.

—¿Qué dice usted? ¿Grave?... ¿Está segura?

El tono, saturado de ansia infinita, con que estas palabras fueron formuladas, dejaron a la nurse un tanto perpleja.

—Es decir... eso me han dicho.

La dama se levantó.

—Gracias.

Floriot paseaba nerviosamente.

En su rostro sin afeitarse había indicios de una vigilia prolongada y de largas horas de calvario. Iba en zapatillas y envuelto por el holgado batín casero.

Se sentaba a la mesa de escritorio y se volvía a levantar en seguida para seguir paseando. Junto al balcón, cubierto en parte por las cortinas a medio cerrar, había una *chaise-longue*, y todo aparecía un poco desordenado, con ese aspecto de las habitaciones que no han sido abandonadas ni siquiera un momento para dar lugar a la limpieza.

Rosa, la vieja criada, que permanecía muda e inmóvil al lado de la puerta y con la mirada fija en el suelo, levantó la cabeza para decir en voz baja:

—Debíamos haber avisado a la señora.

Floriot la miró seriamente.

—¿Está tan grave! —argumentó la fámula.

—¡Te prohíbo que vuelvas a hablarme de la señora!

—Comprenda, señor, que...

—¡Calla! No me desesperes más. Todas las mujeres parecéis confabuladas para amargarle a uno la existencia.

Se abrió de pronto la puerta que conducía a otra habitación inmediata y apareció el doctor.

Floriot le dirigió una mirada anhelante, pero el médico, abstraído, no pareció hacerle caso.

Llegó hasta la mesa de escritorio y comenzó a escribir la receta.

Floriot le cogió de la muñeca.

El doctor se dió entonces cuenta de su distracción, tal vez deliberada.

—¡Oh, perdón! No le he dicho nada. Precisamente hoy que tengo buenas noticias.

—¡Oh, doctor! Diga.

—Está fuera de peligro.

—¡Gracias, Dios mío!

—Pero aun hay que tener mucho cuidado.

—¿Puedo verle?

—Eso sí que no. Es todavía prematuro.

—¡Déjeme que lo vea!—suplicó Floriot.

—No y no. Tenga un poco de paciencia. Por eso no quería decirle nada. Se conduce usted como un niño.

—¡No es más que verle! ¡Le prometo que no le hablaré!...

El doctor quedó un momento pensativo y decidió ser condescendien-

te, sacrificando un poco su rigor científico.

—Bueno. Si va usted a ser razonable, le permitiré que le vea desde la puerta. Pero no haga usted el menor ruido.

Temblando de emoción, se dirigió a la puerta. Rosa, que se había adelantado a él, la abrió sigilosamente. Floriot, con mirada extraviada, buscó en la penumbra la carita del enfermo. Y le costó encontrarle, porque apenas se distinguía su palidez de la blancura de la almohada. En el silencio se oía el tenue silbido de su respiración. Tenía los ojos cerrados. La pequeña frente, húmeda de sudor, brillaba en la sombra.

No pudo reprimir su angustia y tuvo que retirarse de la puerta haciendo esfuerzos inauditos para romper un sollozo que había germinado en su pecho y para mantenerse en pie.

Se tambaleaba como si estuviera embriagado. El doctor acudió en su auxilio.

—Vamos... vamos... Hay que dominarse—le dijo con tono de afectuoso reproche—. Si no, mi próximo cliente va a ser usted.

—¡Ese niño es toda mi vida, doctor!

—Pues no debe serlo. Usted es joven todavía y ha contraído compromisos con la humanidad. Dedique cuando menos la mitad de su vida a sus deberes de hombre. El pequeño Raimundo tiene bastante con la otra mitad.

—Teorías y sólo teorías, doctor. En mi caso quisiera yo verle.

—Tal vez... Pero, permítame usted una pregunta. ¿Cuánto tiempo hace que es usted viudo?

El semblante de Floriot adquirió una hostil gravedad que el galeno no supo comprender.

—Tres años—repuso,

—¿Tres años?

Y, tras una breve pausa, añadió:

—Va usted a decir que me meto donde no me llaman, pero si usted me permitiera aconsejarle... Yo creo que debe usted pensar en volver a casarse, aunque no sea más que por el niño.

Entretanto, había terminado de escribir la receta. Se la entregó a Rosa, que en aquel momento salía del cuarto del enfermo.

—Mire usted, Rosa. Esto es lo que ha de tomar el niño, siguiendo exactamente las instrucciones que ya le he dado. Lo demás, todo lo mismo que hasta hoy.

—Perfectamente, doctor.

Y Rosa salió de la estancia con la receta.

El doctor volvió a mirar a Floriot con interés.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Treinta y cinco.

—Pues no lo parece. Representa usted lo menos cincuenta.

Al mismo tiempo, le había cogido del brazo y lo conducía a la *chaise-longue*. Floriot se dejaba llevar con indiferencia. No tenía fuerzas ni voluntad para oponerse a nada.

—Usted me va a hacer el favor de echarse aquí—recomendó el galeno—y procurar dormir un rato.

—No, doctor. Prefiero estar al cuidado.

—Ya sé que usted prefiere pasarse la noche mirando a esa puerta. Pero eso se ha terminado. Yo quiero que descanse usted y usted va a obedecerme.

Le obligó a que se echara en la *chaise-longue*, cubrió su cuerpo con el edredón que estaba a los pies, corrió las cortinas, sumiendo la habitación en sombras, y exclamó:

—¡Caramba! Resulta más difícil cuidar a las personas mayores que a los niños.

Pero Floriot tenía aún algo que preguntarle.

—¿Cuándo cree usted que podré llevarme a Raimundo al campo para que se reponga?

—Veremos, veremos. Por lo pronto hay que esperar a que usted se reponga también. ¡Vaya, hasta mañana!

Floriot se incorporó.

—Pero ¿qué hace usted?—protestó el galeno—. Conozco bien el camino.

Le había obligado a volver a acostarse.

Floriot, conmovido por tanta generosidad, murmuró:

—Gracias por todo, doctor.

—¡Bah, bah! ¿Gracias de qué?... A descansar y hasta mañana.

Se fué. Quedó todo sumido en un silencio sepulcral. Estaba Floriot tan rendido que se durmió inmediatamente.

11

Del parque se había dirigido a la que hasta hacía tres años fuera su casa.

Al oír de labios de la nurse que Raimundo estaba enfermo de gravedad, sintió un deseo irrefrenable de verle en seguida y no le preocuparon los obstáculos que se pudieran oponer a su pretensión.

Por encima de todo lo vería y no habría fuerza humana capaz de impedirsele.

En el jardín se cruzó con el doc-

tor, que la miró un poco sorprendido, ante la agitación de que aquella señora daba muestras.

Ella continuó hacia la puerta de la casa. Llamó procurando hacer el menor ruido posible.

Le abrió Rosa, que retrocedió sorprendida al verla.

—¡Señora!

Pero ella ni siquiera se preocupó de justificarse.

—¿Es verdad que está enfermo?

—Ya está mejor. Pero ha estado tres días a la muerte.

—Quiero verlo.

Rosa, que no cesaba de mirar con inquietud a la puerta del gabinete, se mostró aterrada ante la petición.

—No puede ser, señora. El señor me ha prohibido...

—Lo haremos de modo que no se entere. No me puedo marchar sin verlo.

—El señor está en la habitación contigua. No podríamos pasar sin que nos oyera.

—¡Por Dios, Rosa!... ¡Es mi hijo!... ¡Tú comprendes mi ansia!... Tú comprendes que yo he de verlo por encima de todo.

Lloraba la señora. Rosa, contagiada, se enjugaba los ojos con el pañuelo.

—¡Todo sea por Dios! Venga usted.

Aunque entraron de puntillas, el poco ruido que hicieron fué suficiente para arrancar a Floriot de su intranquilo sueño.

—Soy yo, señor—repuso Rosa.

—¿Qué hora es?

—Las once y media.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Entonces voy a ver si duermo otro ratito.

Volvió a apoyar la cabeza en el cojín, pero al advertir que Rosa no se iba, le preguntó:

—¿Qué esperas?

—Nada, señor.

Y no tuvo más remedio que marcharse.

La señora quedó inmóvil, en el rincón que hasta entonces le había servido de refugio. Pero su vestido de tonos claros era demasiado visible en la penumbra.

Floriot se levantó sobresaltado. ¿Sería una visión? ¿Tan maltrecha había quedado su mente después de las noches de zozobra y vigilancia?

Se levantó y se acercó al fantasma.

Retrocedió con un movimiento de horror y de sorpresa.

—¡Jaquelin!

Ella no despegó los labios.

—¿A qué vienes? — preguntó Floriot recobrando toda su energía.

Y entonces repuso ella, con voz que era un suspiro:

—¿No lo comprendes?

—No— repuso Floriot secamen-

te; y gritó, dirigiendo su voz hacia la puerta que había dado paso a Jaquelina—: ¡Rosa!

—Rosa no tiene la culpa.

Se abrió la puerta y apareció Rosa, con la cabeza baja.

—Ha hecho todo lo posible para no dejarme entrar—añadió Jaquelina—. Soy yo la única culpable.

Floriot se encerró entonces en un colérico mutismo. Ni siquiera podía desahogarse reprendiendo a la fámula.

Esta murmuró:

—Gracias, señora.

Y volvió a dejarlos solos, frente a frente.

—¿A qué has venido? Te prohibí que volvieras a poner los pies en esta casa.

—He venido a ver a mi hijo—repuso la dama con el tono de quien defiende un derecho sagrado.

—Tú no tienes ningún hijo. Le abandonaste cuando más falta le hacías. Ahora, ya no te necesita.

—¡Pero yo a él sí!

—No grites... No está bien todavía.

Ella, obediente y arrepentida de

su arretrato, bajó la voz para suplicar:

—Déjame verle.

Y Floriot contestó rotundamente:

—¡No!

—¿Será posible que no te conmueva mi angustia?

—¿Te conmoviste tú ante la que sabías que habías de causarme?

—Si supieras...

—No me interesa saberlo —la atajó Floriot—. Y te agradeceré que te marches. No quiero prolongar esta situación enojosa.

Pero ella no podía obedecer.

—¿Por qué no me dejas verle?

—Porque no. Mi hijo no puede tener una madre como tú.

—¡Basta! No quiero que me juzgues. Para juzgar hace falta una cosa que tú no tienes: corazón.

Y, comprendiendo que por aquel camino no lograría nada, volvió al tono de imploración:

—¡Por Dios, Luis! Sólo un instante... Le veo y me voy. Te lo juro.

Pero otra vez oyó la cruel y rotunda respuesta:

—¡No!

—¡No puedes impedirlo! No tienes derecho —clamó la madre, desesperada.

—Supongo que no habrás olvidado que la ley me concedió todos los derechos.

—No me importa la ley. ¡Soy madre!

—Cuando le abandonaste no te acordabas de eso.

Jaquelina le miró despreciativamente.

—Eres siempre el mismo. Frio, duro, cruel...

Hubo una pausa y añadió en tono de lamento:

—Reconozco que cometí una locura. Pero fué eso: estaba loca... Si supieras cuánto he sufrido.

—No me interesa saberlo. Te equivocas si esperas inspirarme compasión.

—No tengo esa esperanza. Lo único que quiero es ver a mi hijo.

Floriot sonrió sarcásticamente.

—¿Para qué? Hace tres años que vive sin ti. No te conoce. Yo le basto. No tienes nada que hacer aquí. Vuelve al lado de tu amante.

—Ha muerto...

—¡Ah, vamos! Ahora comprendo tu visita. Lo del niño ha sido un pretexto para ver de asegurar de nuevo tu situación.

—Es una sospecha muy propia de ti. Mi amante ha muerto hace unos días, pero para mí había

muerto mucho antes... Pero no me importa lo que pienses de mí como mujer. Lo único que no puedo tolerar es que dudes de mí como madre. He venido a verle a él, ¡a él sólo!

—Pues no vas a conseguirlo.

Jaquelina le miró fieramente.

—¿Qué clase de hombre eres?

—¿Es posible que no te duela verme sufrir en este momento?

Floriot sonrió amargamente.

—Sufrir... sufrir... Más sufrí yo cuando te marchaste... Te amaba con un cariño que llenaba toda mi vida... Y un día, de pronto, me encuentro solo, abandonado, perdido, sin pasado ni porvenir...

Aplastado por los recuerdos, se había derrumbado en el diván. Su voluntad se había doblegado a la amargura de aquellos besos que ahora se reproducían en su memoria, y Jaquelina comprendió que la entereza y la crueldad eran en Floriot una máscara, enérgica y obstinadamente sostenida.

Había ocultado el rostro entre las manos.

—¿Qué sabes tú del horror de aquellas noches interminables, atormentado por los recuerdos!... Tu mirada... tu perfume... tu boca... ¡Qué sabes tú del martirio de pensar a cada instante que estabas dan-

do a otro lo que yo adoraba en ti!...

Jaquelina estaba estupefacta. Le había parecido percibir una queja desgarradora, como de sollozo, mezclada a aquellas palabras. Ni remotamente había podido sospechar que el corazón de su marido hubiese encerrado jamás aquellos sentimientos para ella.

—¡Es asombroso lo que me dices, Luis! ¿Por qué no me lo dijiste a tiempo? ¿Por qué no me probaste que no me despreciabas?... ¡Hubiéramos sido tan felices!...

Pero, con una transición rapidísima, Floriot se puso en pie, cubierto otra vez su rostro por aquella máscara de fría crueldad que había sido la verdadera causante de todas las desdichas de su hogar.

—Ya ha pasado—dijo secamente—. No hay que hablar de eso. Márchate.

—Pero...

—¡He dicho que te vayas!

—¿Sin verle? —murmuró desoladamente.

—Sin verle.

Entonces, hubo también en Jaquelina un cambio violento y rápido.

—¡No, sin verle no!— exclamó con fiera energía.

Se había dirigido hacia la puerta del cuarto, pero Floriot se adelantó a ella y le cortó el paso.

—No puedes entrar. No quiero que entres. ¡No entrarás!

Ella retrocedió acobardada. Sabía que Floriot habría sido capaz de recurrir a la fuerza para impedirle la entrada.

—Comprendo que tienes razón—dijo humildemente—. He sido mala contigo... con él... pero es mi hijo, Luis. Eso no hay fuerza humana que pueda borrarlo. ¿Por qué no me dejas verle?

Y Jaquelina oyó esta aterradora respuesta:

—Cree que estás muerta.

Retrocedió la dama, con los ojos desorbitados por el horror.

—¿Le has dicho eso?

—Sí.

—¡Cruel venganza!

—Tuve que darle una explicación de tu ausencia. Esa era la única que te dignificaba.

Destrozada, humillada, vencida, incapaz de seguir haciendo frente a tanta dureza y a tanta inflexibilidad, se dirigió a la puerta para marcharse.

Junto a ella se detuvo.

—Si alguna vez—dijo a modo de adiós—has de repetirle que he muerto, hazme la justicia de añadir que mi último deseo ha sido verle... y que tú me lo has impedido.

Le pareció que se dejaba el co-

razón a pedazos detrás de aquella puerta, al cerrarla.

En el vestíbulo encontró a Rosa.

Se detuvo un momento para suplicarle con voz destrozada por los sollozos:

—Cuidalo mucho, Rosa... Ya no tiene madre.

III

Estaba en la terraza, tomando café, cuando Rosa le anunció:

—El señor Noel.

Y antes de que Floriot pudiera ni siquiera lanzar una exclamación de sorpresa, Noel irrumpió en la terraza dando voces de alegría.

—¡Luis! ¡Luis!

—¡Pero, chico! ¿Eres tú?

—¡Hombre, creo que sí!

—¡Qué alegría!

Al mismo tiempo, se habían abrazado.

—Rosa. Café para el señor.

Lo hizo sentar ante el velador de mimbre.

—Pero ¿qué ha sido de tí, hom-

bre? ¿De dónde vienes después de cuatro años sin dar señales de vida?

—Del otro mundo.

—¿De qué otro mundo? — exclamó Floriot pensando en el planeta Marte.

—Del nuevo. De América.

—Ah! ¿Y qué has hecho allí?

—De todo.

—¿Te ha ido bien?

—Regular.

—Te fuiste sin decir una palabra. Sin despedirte siquiera. ¿Qué te pasó?

El rostro de Noel se ensombreció visiblemente.

—Nada... Asuntos sentimentales...

—¿Una mujer?

—Sí—y añadió en seguida, como si le interesara cambiar de tema de la conversación—: Bueno, y por aquí, ¿cómo os va? Creo que tienes un niño... ¿niño o niña?

—Niño.

—¿Está bien?

—Ha estado enfermo, pero ya está bien. Ahora le verás.

—¿Qué edad tiene?

—Cuatro años.

—¡Cuatro años!... Ya es casi un hombre. ¿Y tu mujer?

La alegría se desvaneció instantáneamente en el rostro de Floriot.

—Mi mujer... Pero... ¿es que no sabes?

—No... no sé nada. Acabo de llegar.

—Me dejó—dijo Luis con voz ahogada por la angustia.

—¿Es posible? Pero...

—Se fué con otro... eso es todo. Me ha destrozado la vida, no sé por qué hizo eso conmigo.

—¿Quién sabe!...

Floriot le miró con extrañeza.

—¿Qué quieres decir?

Noel, después de una pausa:

—¿Estás seguro — se decidió a

preguntar — de no haber exigido demasiado de ella? ¿Puedes afirmar con la mano puesta en el corazón que fuiste el hombre que ella había soñado en ti?

—No sé...

—Mira, Luis: una de las cosas que he aprendido durante estos cuatro años, ha sido respetar los actos de los demás. A veces resultan incomprensibles, porque los juzga uno desde un punto de vista demasiado personal.

—¿Esa es la enseñanza de tu conflicto sentimental?

—No sé. Quizá sí.

—¿Te dejó por otro?

—No. Se casó con otro, sin saber que yo la quería.

—¿Por qué no se lo dijiste?

—Porque el otro era mi mejor amigo.

—¿La conocía ya?

—Por lo que acabas de decir veo que no, aunque debías conocerla como nadie.

—¿Que debía conocerla?...

Fué bastante para que Floriot sospechara la verdad.

—¿Era...? Dime... ¿era?... — y añadió con voz sorda ante un gesto afirmativo de Noel—: Nunca lo sospeché.

—Ya ves si es triste haberme sa-

erificado por vuestra felicidad y encontrarme con que tampoco vosotros la habéis conseguido. ¿No has vuelto a verla?

—Sí.

—¿Ha vuelto?

—Sí. Hace poco... Trató de ver al niño.

—¿Se enteró de que estaba enfermo?

—Sí. Por eso vino, pero yo no le permití que lo viera.

—¿No le dejaste ver a su hijo?

—exclamó Noel, extrañado.

—No era digna de ello.

—¿Quién puede decir eso? —preguntó severamente Noel.

—Yo lo digo.

—¿Y quién eres tú para adoptar esa actitud?

Se había erguido. Lo envolvía en una mirada de colérica censura.

—Bueno, vamos a dejarlo—repuso Floriot—. No quiero reñir contigo.

—Escúchame. Yo conocía bien a Jaqueline y te conozco bien a ti. Ella era buena, era como una niña. Vino a ti soñando con un cariño y una ternura que no has sabido darle y estoy seguro de que el error no fué de ella, sino tuyo.

—Es muy fácil predicar, pero

estoy seguro que tú hubieras hecho lo mismo que yo.

—No. Fuiste cruel. Te cegó la soberbia.

—¿Qué debía hacer?

—Todo. Todo, menos echarla a la calle. ¿Qué iba a ser de ella? ¿Dónde iba a ir? ¿No pensaste en eso? Vamos, Luis, todavía estamos a tiempo. Tú la quieres aún, es tu mujer, la madre de tu hijo. Hay que buscarla, hay que devolverle su hijo... Luis, mírame, ¿qué dices?

Floriot no decía nada. No podía. La nobleza de Noel le había herido ciertamente en el corazón. Estaba avergonzado, aturdido. La conciencia de haber obrado mal se imponía a la crueldad de su orgullo.

Este silencio bastó a Noel para comprender lo que pasaba en el alma de su amigo y, con una mezcla de satisfacción y de consuelo, murmuró:

—Ya veo que comprendes. Abre más todavía tu alma a la compasión. Perdona, aunque sólo sea por tu hijo. Estoy seguro de que algún día me agradecerás que haya conseguido inspirarte esta posición de humanitaria transigencia.

V

Un café de los barrios bajos.

Jaquelina, distraída, fatigada, abrumada por las cavilaciones, casi mecánicamente, se había sentado a una de las mesas.

Allí continuó absorta en sus meditaciones, hasta que la voz del camarero la hizo volver a la realidad.

—¿Qué le sirvo a la señora?

Jaquelina levantó la cabeza.

—¿Eh?... ¡Ah!... Nada, no quiero nada.

—Señora, yo lo siento mucho, pero no se puede estar aquí sin tomar nada.

—¿Eh?

—Que ha de tomar algo si quiere permanecer aquí.

—¡Ah! Bien... Pues tráigame algo...

—Lo que la señora desee.

—Bueno... Tráigame...

En la mesa contigua había un caballero que tomaba Pernod.

—Tráigame de eso...—dijo señalando la copa.

—Perfectamente.

Y el camarero se retiró pensando: "Ahora comprendo sus incoherencias. Es que ya está borracha."

No estaba borracha, pero lo estuvo muy pronto. Y aquello fué para ella como una revelación. Desapareció la amargura que estaba a punto de enloquecerla.

Al día siguiente, cuando el dolor espiritual comenzaba a hacerse insostenible, repitió la experiencia. Un pernod...

Y el camino de la perdición quedó abierto...

* * *

Indochina. Una terraza que caía sobre las miserias del pueblo, donde los pobres indígenas trabajaban como bestias de carga.

Separados por un velador, charlaban Jaquelina y un joven oficial de la marina americana.

La conversación había entrado en cauces peligrosos.

Sonriendo un poco amargamente, Jaquelina decía:

—¡Vamos, vamos! Un joven como usted no debe fijarse en una mujer como yo.

—Pero ¿por qué? — replicó el oficial, mirándola con una mezcla de adoración y protesta.

—Porque no. Hay miles de mujeres en el mundo mejores que yo que estarán deseando que usted ponga en ellas los ojos.

—No me interesan esas mujeres. No me interesa ninguna mujer. Sólo usted. ¿Está esto claro?

—Me apena oírle hablar así... ¿Ha perdido usted la razón?

—¿Es perder la razón amar a una mujer que lo merece?

—¡Pero si yo puedo tener un hijo de la edad de usted!

Había pronunciado la palabra "hijo" en un tono que fué una revelación para el joven oficial.

—¿Usted?... ¿Un hijo usted?

Y añadió con una mezcla de interés y piedad:

—Cuénteme. Desde que la vi

por primera vez, comprendí que su vida estaba llena de amargura. Por eso me atrajo usted. Usted necesita el consuelo de un cariño sincero.

—Tal vez. No he tenido la suerte de ser comprendida por ningún hombre.

—Usted no quiere a Hamby, ¿verdad? — preguntó el oficial mirando a la puerta que conducía al interior de la casa—. No puede usted querer a ese bruto.

Antes de que Jaquelina pudiera contestar irrumpieron en la terraza Hamby y un potentado chino que era gran amigo suyo.

Hamby era un hombre de edad madura, recio, grosero, con poblados bigotes y abultado vientre. Estos dos detalles aumentaban la impresión de rudeza que su aspecto producía.

El oficial y Jaquelina cortaron su diálogo para contemplar a Hamby, que decía:

—¿Ve usted? Esa es una idea completamente oriental. En Europa se ven las cosas desde otro punto de vista.

—Mal hecho — contestó el chino—. La verdad no debe depender de la geografía.

—No debe, pero en cada grado de latitud la verdad es distinta.

Habían llegado junto a la mesa. Con un gesto de disimulado hastío, Jaquelina exclamó:

—¿Siempre discutiendo sobre lo mismo!...

—¿Qué quieres, hija? —se justificó Hamby—. Nuestro amigo tiene unas ideas tan inusitadas.

Riendo estrepitosamente y arrancando grandes lúbricos de humo a su cigarro, se sentó al lado de Jaquelina e invitó al chino a que tomara también asiento.

El joven oficial se levantó, disimulando un gesto de repugnancia.

—Con permiso de ustedes...

—¿Se va usted?—preguntó Jaquelina por pura fórmula.

—Sí. He de estar a bordo dentro de diez minutos.

—Adiós, amigo—exclamó Hamby—. Hasta otro rato.

—Ustedes sigan bien.

Al quedar sola Jaquelina entre aquellos dos seres que evidentemente no le inspiraban la menor simpatía, decidió buscar una excusa para ausentarse.

Antes, para disimular, solicitó afablemente de Hamby:

—¿Me das un cigarrillo?

—Ya lo creo.

Jaquelina lo encendió. Casi en

seguida se llevó una mano a la frente.

—Me duele la cabeza. Voy a echarme un poco. No les molesta, ¿verdad?

—Tú siempre estás cumplida, mujer. Anda, ve a descansar. Este señor y yo tenemos todavía mucho que discutir.

Cuando la silueta de Jaquelina se perdió en la profundidad de la sala, el chino murmuró:

—Muy interesante esta mujer... Muy interesante su melancolía... Siempre triste, profundamente triste.

—¿No digo? —rió Hamby—. Ustedes ven misterios en todas partes. ¿Va a resultar también mi mujer un enigma?

El rostro del oficial americano apareció en este momento por la escalera de la terraza. Iba acompañado de otro marino, al que presentó.

—Permítame, señor Hamby, que le presente al capitán Rochard, de la Legación Francesa. Venía a verle a usted cuando salía y me ha rogado le acompañase.

—¡Encantado de conocerle, capitán! —exclamó Hamby, aunque maldita la gracia que le hacían los franceses.

—*Bonjour, monsieur* —contes-

tó el capitán, que apenas conocía más idioma que el suyo.

—Quiere hablar con su esposa —intervino el americano mediando como intérprete—. Es decir, si usted no tiene inconveniente.

—¿Inconveniente? Ninguno. Pero precisamente acaba de irse a descansar. ¿Es algo urgente?

—Se trata—explicó el americano—de que un amigo del capitán está buscando una señora francesa cuyas señas parecen coincidir con las de su esposa.

—¿Mi esposa?—exclamó Hamby con extrañeza un tanto cómica—. Sin duda, debe de ser una equivocación, porque mi mujer no es francesa.

—¡Ah! ¿No?—exclamó el oficial americano, incrédulamente.

—No. Es rusa.

—¿Rusa?

—Sí. Y comprenderán ustedes que nadie mejor que yo debe conocer la nacionalidad de mi esposa. No obstante, si quieren comprobarlo, tengo el gusto de invitarlos a cenar mañana con nosotros. Así, podrá hablar con ella misma.

—Gracias —repuso el america-

no—. Voy a decírselo a mi amigo.

Y, dirigiéndose al capitán, tradujo:

...—*La dame que vous cherchez n'est pas française.*

—*Non?*

—*Non. Elle est russe.*

—*Russe?*

—¿Quieren ustedes tomar algo? —les invitó Hamby.

—No, gracias —repuso el oficial—. Nos iremos.

Se despidieron.

Al quedar de nuevo a solas con Hamby, el chino le preguntó con extrañeza:

—¿Por qué ha dicho usted que no es francesa?

—Porque no quiero que la legación de Francia se mezcle en mis asuntos —repuso Hamby con naturalidad.

—Pero mañana, cuando vengán a cenar, ella les dirá la verdad.

Hamby se echó a reír.

—Mañana, querido amigo, cuando vengán a cenar, se encargará usted de hacerles los honores, porque yo, al amanecer, habré salido en compañía de mi esposa para mis plantaciones.

V

Reinaba un calor denso y pegajoso.

En el *bungalow* estaba sola Jaqueline, pues Hamby había salido en viaje de inspección por sus inmensas plantaciones.

Sangula, el criado indígena, estaba tendido junto a la casa. Detestaba el trabajo y, apenas el amo se ausentaba, aprovechaba la tregua para tumbarse a la sombra y saborear las delicias de la indolencia.

Jaqueline, abrumada por el tedio y por el calor, hastiada de fumar, buscó la distracción en la bebida. Desde aquel día que tomó un pernod en un café de París, el alcohol fué para ella el remedio de todos los males.

La botella de whisky dió un bajón considerable.

Y, con cada nueva copa, Jaqueline fué sintiéndose animada de energías nuevas. Cosa rara. Au-

mentó el calor en el interior de su cuerpo, que era una de las principales causas de su malestar y, sin embargo, las molestias, tanto físicas como espirituales, iban desapareciendo.

Encendió un cigarrillo. Sonrió con malauna felicidad. ¿Qué importaban todos los infortunios si allí estaba el supremo consuelo del alcohol?

Recordó entonces—en aquel momento su pensamiento sólo aceptaba ideas agradables—que Sangula cantaba bellas canciones acompañándose del rudimentario instrumento indio, mezcla de banjo y laúd, y le llamó, asorándose a la ventana del *bungalow*.

Sangula se estremeció. ¿A qué trabajo iba a condenarle su dueña, a la que tanto estimaba, precisamente porque le permitía vagar, al contrario que el temido Hamby?

—Sangula, voy a obsequiarte. Muchas veces me has hecho llorar de emoción con tus canciones. Estoy en deuda contigo. Toma el élixir de la vida.

Llenó la copa de whisky y se la ofreció.

Sangula vaciló un momento. Su religión le hacía ver en el whisky una especie de serpiente tentadora.

Venció la tentación y Sangula apartó la copa.

—Ahora canta.

El indígena miró con terror a la puerta.

—No temas. En toda la mañana no vendrá—le animó Jaquelina leyendo en aquel gesto.

Entonces buscó Sangula su amado compañero, que tenía siempre bien oculto para evitar que Hamby lo destrozara en uno de sus temidos ataques de ira.

Y ya con el querido amigo entre los brazos, acarició con tenue rasguño las cuerdas a modo de saludo y se sentó en el suelo, junto a la ventana.

Comenzó a cantar. Era su canto una melodía indefinible en la que se unían todas las voces de la naturaleza tropical. Rumores de frondas agitadas por la brisa nocturna. Vuelo de pájaros. Cánticos de arroyos.

Sin embargo, en medio de tanta belleza, había un suave y tenue go-

tear de amarguras. Amores truncados, ilusiones rotas, esperanzas muertas.

En pleno corazón sintió Jaquelina aquel rasguño, mezcla de caricia y arañazo que movía a llorar. Pero el remedio estaba al alcance de su mano. Otra copa de whisky.

Se sentó en el suelo, al lado de Sangula, y allí permaneció hasta que el cantante lanzó su último lamento.

—¿Qué triste es eso que has cantado, Sangula! Me has hecho llorar. Tú también has llorado.

Se echó a reír.

—Pero el whisky es más fuerte que tu canción. Enjuga las lágrimas por dentro. Ahora verás.

—No quiero whisky —repuso Sangula—. Prefiero llorar. A veces, llorar es grato.

—Para mí, no—repuso Jaquelina con súbito encogimiento— Aunque el llanto sea dulce, las lágrimas atraen siempre a mi corazón, por asociación fatal, resurgimientos de dolores espantosos, de angustias horribles... Por eso te prohíbo que vuelvas a cantar esos cantos que arrancan lágrimas. ¡Te lo prohíbo! ¿Oyes? ¡Te haré azotar si vuelves a destrozarme el corazón con tus gemidos!

La súbita y amenazadora hostilidad de Jaquelina asombró y acobardó a Sangula. Pero con igual

rapidez, el ama cambió de actitud para preguntarle:

—Dime, Sangula. ¿Qué significa esa canción?

—Es una canción de cuna que cantan las madres a sus hijos.

Jaquelina se estremeció.

—¿A sus hijos?

Y miraba al criado con ojos desorbitados por un dolor súbito y formidable.

—Debí suponerlo—sollozó vencida por la angustia—. Debí su-

poner que ese canto hablaba a los hijos al sentir como si una garra pasara por mi corazón.

Al mismo tiempo se había apoderado de la botella de whisky y de nuevo llenó y varió la copa.

—¿Quiere que cante más? —preguntó Sangula.

—No. Tengo bastante con mi whisky. Vete.

Y, al mismo tiempo que Sangula se levantaba para salir, Hamby apareció en el umbral.

V I

Sangula intentó, puerilmente, ocultar a los ojos del amo el instrumento musical. Hamby se dirigió hacia él mirándole fijamente, como el león cuando se acerca paso a paso a su presa.

Lo cogió del cuello y lo arrojó fuera de la casa como quien arroja un muñeco.

Después cogió a Jaquelina por

una muñeca y tiró de ella violentamente para obligarla a ponerse en pie.

Lo consiguió, pero Jaquelina, al mismo tiempo que lanzaba un grito de dolor, dió un traspié y se desplomó en la silla donde antes estaba sentada.

—¿No te avergüenza estar borracha a las nueve de la mañana?

Jaquelina se encogió de hombros.

—¿Qué importa la hora!

—Pero me importa a mí, ¿sabes? — rugió Hamby amenazadoramente—. ¡Y esto se ha de acabar! ¿Es así cómo me agradeces lo que hice por ti?

—Yo no te pedí nada.

—Eso no es motivo para que olvides que te recogí en las calles de China...

—Desinteresadamente — le interrumpió, irónica, Jaquelina.

—Con el interés, muy natural, de tener a mi lado a alguien que me hiciera menos desagradable la vida... No creí que estuvieras tan caída, tan encanallada, que no se pudiera salvar nada de ti... ¡Eres una mujer perdida, una borracha!... Además, has sido mi sombra negra... Ahora me voy a ver metido en un lío por culpa tuya... ¿Por qué te busca la policía? ¡Di!

—¿La policía, sí! ¿Qué asunto quelina con extrañeza.

—¿La policía, sí! ¿Qué asunto turbio has dejado tras de ti?

—¿Yo qué sé!

—¿De modo que no sabes?

—No sé nada.

Hamby se acercó a ella amenazadoramente.

—Será mejor para ti que me lo digas. Si no, te va a costar caro.

—No me importa. Nada puede importarme ya.

—¿Habla si no quieres que te aniquile!

La cogió de un brazo y la zarrandeó brutalmente.

—¡Habla, borracha!

—¡Déjame! ¡Déjame, salvaje!

—¿Eh? ¿De modo que me insultas? ¿Conque soy un salvaje? Ahora tendrás razón para decirlo.

La cogió del cuello y le dió un violento empujón que la hizo rodar por el suelo.

—¿Cobarde, canalla! — protestó Jaquelina entre sollozos.

—Conque cobarde, ¿eh? Pues ésta es mi última palabra: Si dentro de una hora no has desaparecido para siempre de mi vista... ¡te mato!

Y Jaquelina volvió a sollozar:

—¿Canalla, cobarde!... Algún día mi hijo te pedirá cuentas, ¿sabes? Tengo un hijo... Te pedirá cuentas... Es más fuerte que tú y puede matarte... ¡Sí! ¡Tengo un hijo! ¡Tengo un hijo!...

Al mismo tiempo, muy lejos de allí, Noel y Floriot charlaban en el despacho de este último.

—¿Qué raro que tarde tanto Rai-

mundo!—decía Noel—. Cuando lo encontré, me dijo que a las ocho en punto estaba aquí.

—Ya puedes comprender el motivo de su retraso.

—¡Ah, vamos! Es que estará con su novia... Naturalmente... ¡El día en que ha terminado su carrera! Deben de tener mucho que decirse... ¿Y tú qué vas a esperar para estar contento?

La pregunta había sido tan inesperada, que Floriot apenas supo qué responder.

—¿Yo?

—Sí. No hay nadie con más motivo que tú para sentirse feliz.

Floriot bajó la cabeza como quien trata de ocultar algo vergonzoso.

—No tienes razón para ponerte así—le reprendió Noel afectuosamente, comprendiendo el motivo de aquella actitud—. Has hecho cuanto ha estado en tu mano para encontrarla. Y eso puedo decirlo muy bien yo, que te he ayudado en la tarea...

—Es que la sospecha de que viva arrastrando sabe Dios qué horrendas calamidades, mientras yo, el culpable, estoy aquí no careciendo de nada, me atormenta horriblemente.

—No creo que sufra ninguna calamidad, querido. Jaquelina go-

zará ahora de un descanso absoluto. Si viviera ¿no te parece que con lo que hemos buscado habríamos encontrado cuando menos una pista de ella?

Pero Floriot se hundió más aún en el abismo de su arrepentimiento.

—No me perdonaré en la vida. De pronto, Noel le agitó cogiéndole por un brazo.

—Ahí está Raimundo.

En efecto, Raimundo, pletórico de alegría, entró en el despacho.

—Buenos días, papá. ¡Hola, Noel!

—¿Qué tal, hombre? —repuso el viejo amigo estrechándole la mano—. Bien se ve que estás satisfecho.

—Verdaderamente, hoy es el día más grande de mi vida. Pero me falta algo. Quiero actuar en seguida.

Floriot se echó a reír.

—¡Pues sí que eres impaciente! Yo tardé catorce meses, desde que tuve el título, en obtener la defensa de una causa.

—¡Catorce meses! Yo no tengo paciencia para esperar tanto.

—Pero ¿qué prisa tienes?—rió Noel.

—Tengo mucha prisa. Los estudios ya están terminados. Pero yo ahora me pregunto: "¿Serviré?"

—Ciertamente, para ser un buen abogado, no sólo hace falta haber estudiado mucho—dijo Floriot.

—Cierto—comentó Noel—. Para eso, como para casi todo, se necesita tener en las venas el fuego sagrado.

—Que es lo que tiene mi padre—exclamó Raimundo con un gesto de orgullo.

—¡Bah!—replicó Floriot con un gesto de modestia.

Noel preguntó:

—¿Y qué dice Elena, muchacho?

—Figúrese. Está loca.

—¿Loca por ti?

—Sí, señor. Loca por mí.

—Pues, procura—le aconsejó el padre—no darle motivos para que deje de estarlo. Conduécete con ella siempre lealmente.

—Por esa parte estoy tranquilo, papá. Cuando se quiere de veras, no es difícil ser leal. ¿No te parece?

Floriot volvió la cabeza para que su hijo no viera el gesto de amargura que momentáneamente había nublado su semblante.

Y Noel, oportuno, intervino:

—¡Ea! Vámonos a comer.

VII

San Francisco de California. Una casa de huéspedes con pretensiones de hotel, en un barrio de la ciudad.

La Roque se detuvo ante la casa. Estuvo examinando la fachada. Miró el número y lo confrontó después con un papel que sacó del bolsillo.

—Aquí es—se dijo.

La Roque era uno de esos tipos que no pueden ocultar lo que son. Su nariz aguileña, sus ojos de mirada clínica y penetrante, su sonrisa que era siempre una mueca de sarcasmo, iban pregonando la perfidia que encerraba su alma.

Vestía bien, con una elegancia un tanto llamativa y exótica. ¿Quién sabe si aquel traje que llevaba se lo habría hecho en Italia, donde se hallaba dos meses atrás, o en la Argentina, de donde procedía ahora, o en Alemania, donde había pasado el invierno!

Cruzó la calle y saludó con displicencia al portero.

—¿Es usted de la casa?

—Sí, señor; soy el portero.

—Pues traigo unas líneas de presentación para usted.

Apenas leyó las breves líneas, el portero se deshizo en reverencias.

—Tanto gusto, señor La Roque. Ha tomado usted posesión de su casa. Venga. Le conduciré a una buena habitación.

Le mostró la habitación, que con ser la mejor del hotel, dejaba bastante que desear. Unas cortinas de descolorido terciopelo, un velador cubierto con un tapete, una alfombra sin flecos, un par de sillas, la cama y la mesilla de noche.

—Más vale esto que nada—dijo La Roque resignadamente.

Y bajó la voz para preguntar:

—Y de vecinos ¿qué?

—¡Bah! Por ese lado puede usted estar tranquilo. Nadie le molestará. Esta casa es de confianza.

Al decir esto había guiñado un ojo, y La Roque tradujo: "En esta

casa todos somos unos sinvergüenzas."

—Perfectamente. Ya veremos. ¿Qué clase de ciudad es San Francisco?

—¿San Francisco? La mejor ciudad del mundo. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse aquí?

—Eso depende de cómo se den los asuntos. ¿Dice usted que es una buena ciudad?

—¿No le digo? ¡La mejor del mundo! Aquí puede usted encontrar de *todo*.

—¿De *todo*?

—Sí, señor. Negocios abundantes. Y de todas clases. Hay para todos los gustos. No sabrá usted por cuál decidirse.

—Perfectamente. Si usted me ayuda cuando lo necesite, no le pesará.

—Yo siempre estoy a las órdenes de los buenos clientes. Y más cuando se trata de un cliente nuevo recomendado por otro como el que le recomienda a usted.

El dueño del hotel, un italiano que por el modo de vestir y de obrar se asemejaba mucho al portero, comenzó a golpear la puerta de uno de los cuartos.

—¡Ahra!

Nuevos y más estruendosos golpes.

—¡Ahra!... *Non me pillo de stupido... Lo seno que está dentro. Abra o rompo la porta.*

La puerta se abrió y apareció el rostro de Jaquelina. Apenas habían pasado unos meses desde que Hamby la arrojara de su lado y parecía haber transcurrido años enteros, tan profundas eran las huellas que el paso del tiempo había dejado en su rostro. Tenía un cigarrillo en la mano. En sus ojos había una nube de fatiga y de hastío, en sus labios una mueca de desdén.

—¿Qué quiere usted?—preguntó.

—¿Cómo qué quiero? *Quello di tutti le jorni, que voste me pague.*

Jaquelina se encogió de hombros.

—¿Cómo he de pagarle si no tengo dinero? Ya le he dicho que espere. No tardaré en encontrarlo.

—*He esperato una semana e non puedo esperar más. E le averto voy a avisar la policía.*

Había intentado cogerla de un brazo, pero Jaquelina le rechazó sin contemplaciones.

—Déjeme en paz, imbécil!

Atraídos por las voces habían llegado La Roque y el portero.

—¿Qué pasa? — preguntó el nuevo huésped.

El hotelero se volvió. Al verlo bien trajeado no vaciló en satisfacer su curiosidad.

—¿Que qué pasa? *Questa mujere que habita la mejor habitacione non paga.*

—Eso no le importa nada a ese señor—protestó Jaquelina.

—¿Que venga el dinero!

—Le he dicho a usted que no lo tengo.

—¿Cómo? — exclamó el hotelero cada vez más indignado—. Entonces viene a habitar un hotel cuando no tiene dinero. ¿Se cree que los hoteles *sono* gratis?

—Bueno —intervino La Roque. —Deje ese asunto de mi cuenta.

Pero el hotelero no se resignaba tan fácilmente.

—¿O se me paga o aviso a la policía!

—¡Cállese! —exclamó La Roque autoritariamente—. Está usted molestando a los huéspedes.

—¿Huéspedes? ¿Cuál huéspedes?

—A esta señora y a mí.

—*Non me faccia de ventare neroso.*

—¿He dicho que basta!

El tono violentamente enérgico que La Roque había empleado des-

concertó un poco al dueño del hotel.

Y La Roque aprovechó este momento para decir a Jaquelina:

—¿Quiere usted pasar a mi habitación?

—¿Para qué?

—Para arreglar este asunto. Hablaremos un rato.

—Hablar...

—Sí, hágame el favor.

Jaquelina se encogió de hombros.

—Bueno.

Y siguió a La Roque.

El hotelero trató de detenerla, pero fué él quien se sintió detenido por el portero.

—¡Estése quieto, hombre! Este

pagará lo que ella debe y más aún. Tráe dinero fresco.

—¿Usted cree que abbia dinero?—preguntó intródulo el dueño del hotel.

—¿Cómo! Este es más rico que Ford.

—¡Oh!

—Le he pedido cinco dólares por la habitación y ni siquiera ha regateado.

—¿Ma da vero?

—¡Y tan de veras!

El portero se lo llevó del brazo sin que él opusiera ya resistencia. Cinco dólares por una habitación y cobrar todo lo que se le debía en la vecina, representaba para el misero italiano una inesperada felicidad.

VIII

La Roque cerró la puerta cuando Jaquelina hubo entrado.

Le ofreció asiento en una de las dos sillas que había en la habitación.

Y lanzó la primera pregunta:

—¿Es usted francesa?

—Sí. ¿Y usted?

—Yo no. Yo soy suizo, afortunadamente. ¿Qué hacía usted en Francia?

Jaquelina le dirigió una mirada de enojo.

—¿Y a usted qué le importa?

—Por lo mismo que no me importa, puede usted decírmelo—replicó La Roque sin inmutarse.

Jaquelina se encogió de hombros. ¿Qué le importaba callar o decirlo?

—En Francia—confesó un poco sonriadoramente—era yo una gran señora.

—¡Ah!, ¿sí?—exclamó La Roque con visible curiosidad—. Y ahora necesita usted dinero con urgencia ¿verdad?

—Ya lo ha visto usted.

—¿Y a qué ha venido a América?

—No sé. ¿Y usted?

—Pues a... negocios.

Jaquelina sonrió despectivamente.

—Supongo qué clase de negocios serán esos.

En vez de enfadarse, La Roque se echó a reír.

—¡Ja, ja! Me parece que vamos a acabar entendiéndonos.

—Seguramente. Sobre todo, si voy a tener que agradecerle a usted...

—¿Agradecerme? Perdón, no acepto gratitud de nadie. Es una moneda que no sirve para nada.

Se trata de una simple operación de cambio.

Hizo una pausa, la examinó y dijo:

—Usted puede ganarse muy bien la vida.

—Y, de paso, la de usted, ¿no?

—¡Oh, no! Se equivoca si piensa eso de mí. Hay muchos medios de ganarse la vida.

—¿Lícitamente?—inquirió Jaquelina con un tonillo de duda.

—No hay necesidad de clasificar.

Y después de lanzar unas cuantas carcajadas de cinismo, preguntó:

—¿Sabe usted jugar a las cartas?

Jaquelina le miró como extrañada de aquella pregunta.

—Todo el mundo sabe jugar a las cartas. ¿Por qué lo dice?

—¡Oh! Por nada... Es una pregunta... ¡Hay tanta gente que pierde sin protestar!... Hasta les hace uno un favor ayudándoles un poco.

—¿A perder? ¡Vaya una ayuda!

—A perder, pero teniendo cuidado de que haya enfrente un amigo que gane lo que ellos pierdan. Así se evita que el dinero vaya a caer en malas manos. ¿Me comprende?

—¡Ya lo creo que le comprendo! ¡Es muy gracioso! ¡Y muy lucrativo! Con razón ha dicho usted que acabaríamos entendiéndonos...

Haga el favor de darme un cigarrillo.

Fumaron, bebieron. Fueron desde aquel instante grandes amigos.

IX

Otra habitación de casa de barrio, de un barrio parisiense. La pobreza tenía allí un agradable sello de cosa típica. Desde la ventana se veían los tejados desiguales de las casas, de tonos oscuros. Todo antiguo y viejo, todo humilde, pero todo con esa nota que convierte lo arcaico en joya artística.

¡París!... Barrio de París... Encrucijadas, cafetones mal alumbrados, cantantes callejeros...

Pero ¿cómo habían ido a parar allí?

Hacía dos años que se conocieron en San Francisco de California, cuando a ella la quisieron echar de una habitación que no pagaba.

La Roque pagó por ella. No fué

un rasgo de esplendidez. El mismo lo dijo bien claro cuando ella pronunció la palabra gratitud. Nada de agradecimiento. Se trataba de una simple operación comercial, de un "doy para que me des". La Roque, con su vista de águila, había descubierto el alma de una gran señora debajo del vestido miserable de la mujer caída que fumaba y olía a alcohol. Una compañera así, de cultura e inteligencia, era lo que él necesitaba para sus negocios.

Por eso, aprovechando aquella ocasión, compró su amistad por unos cuantos dólares, que era, al fin y al cabo, lo que Jaquelina adeudaba al dueño de la pensión.

En cuanto a ella, aceptó el ne-

gocio sin vacilar, porque había formado ya el propósito de concertarlo con cualquiera para saldar su cuenta con el dueño de la pensión y para proporcionarse lo necesario para comer... y para beber.

Lo mismo le daba La Roque que otro cualquiera. Lo mismo le daba que se le exigiera un sacrificio del cuerpo que del alma. Su pudor se había quedado hecho jirones en brazos de los hombres que precedieron a Hamby en oportunidad para protegerla. El primero que la encontró embriagada en medio de la calle y que la salvó de la policía fué también el primero en cobrarle con su honor. Después su vida fué una pendiente por la que resbaló y rodó sin que su estado le permitiera distinguir nunca unos brazos de otros. Todos obraban con igual avidex animal. Todos la abandonaban después de haberse cobrado el favor.

La Roque le habló de ciertos negocios sucios y para nada le había insinuado otra clase de concesiones. Seguramente, hubría perdido todos sus femeninos encantos. Pero le daba igual. Lo aceptaba todo con la misma indiferencia. Moralmente, lo había perdido todo antes que los atractivos como mujer. Aceptados los negocios sucios, ¿podría acaso haber en ello más

envilecimiento que en la entrega del cuerpo al primer desconocido?

Desde entonces permanecieron unidos en aquella innoble lucha por la vida. No tenían queja el uno del otro. Obraban con absoluta libertad e independencia fuera de las operaciones que exigían el sacrificio mancomunado. Ella bebía cuanto le venía en gana; él buscaba en otra parte la satisfacción de sus vicios.

Pero un día, en uno de sus torpes monólogos de borracha, Jaquelina dijo más de lo que acostumbraba decir. Aludió a su condición de esposa de un distinguido caballero francés y aquella revelación interesó a La Roque sobremanera.

Nunca había conseguido sensararle nada sobre su pasado; sólo que cuando vivía en Francia era una gran señora.

La explicación de este silencio mantenido incluso por encima de su perpetuo estado de embriaguez equivalía a un sol dignificador en medio de la negrura de aquella vida.

Lo único que Jaquelina respetaba y respetaría siempre por encima de todo y de todos era el recuerdo de su hijo. El no debía sufrir las consecuencias de su desgracia. No quería que sobre el alma del ser



—¡Pobrecillo! No me molestes.



—¡Ací! por toda, doctor.



—...Soy yo la única culpable



—Si supieras...



—Con permiso de ustedes—



—Verdaderamente, hoy es el día más grande de mi vida.



—Deja este asunto de mi cuenta.



—Te voy a presentar a dos buenos amigos.

—He dicho que tu rebeldía ha de
costarte cara...



—Estoy aquí para ayudarte...



—Por Dios, señora, ayúdeme.



—. Nuestra cortección no debe entromettersse en presencia de uno culpable.



—¿Quiero hablar? ¿Quiero hablar?



—Es él, ese hombre cruel, el que había estado sentado en ese banquillo.



—No tiene usted nada que decir. Raimondo le ha dicho todo.



—¿Me dejas que te dé un beso?

tan amado en el recuerdo cayera la menor mancha, el menor residuo de sus propias miserias. El no debía saber nunca que tenía una madre tan encanallada y caída. El seguiría creyendo siempre que su madre había muerto.

He aquí lo único que se había salvado de la catástrofe moral sufrida por Jaquelina. Todo se había desmoronado, todo se había hundido como el edificio que descansaba sobre montones de cieno, pero, firme y airado, como el altar que el milagro conserva entre las ruinas del templo derruido, había

quedado esa esencia maravillosa, ese algo sublime que se llama amor de madre.

Todas las tentativas de La Roque en ese sentido habían sido inútiles, y este obstinado silencio sólo sirvió para estimular su deseo de saber. "Cuando con tanto empeño calla—pensó—, algo importante hay detrás de su silencio."

Hasta que, inesperadamente, sorprendió aquellas palabras que aludían a su esposo, "un distinguido caballero francés".

Y esto fué lo que le había decidido a trasladarse a Francia.

X

Ella estaba sentada ante el velador que servía de base a una botella y a una copa.

Ajenjó. La Roque había recurrido a la bebida enloquecedora para ver de sonsacarle lo que tanto le interesaba.

En efecto, Jaquelina deliraba ahora con más incoherencia que

nunca y en sus ojos había un relampagueo que la hacía parecer una loca.

El había abierto el cajón de la mesilla. Le sorprendió descubrir algo que no había visto nunca: un pequeño revólver que parecía un juguete, una preciosa chuchería para el bolso de una dama.

—¿Qué es esto?

Ella volvió la cabeza con dificultad.

—¿Eso? ¡Ah, sí! Lo compré en China, hace mucho tiempo.

Una pausa. La Roque consideró que estaba ya lo bastante borracha para proceder al interrogatorio y lanzó la primera pregunta:

—¿No te alegra haber vuelto a Francia?

—Lo que yo pregunto es para qué hemos hecho este viaje.

Como sin darle importancia, y al mismo tiempo que le llenaba la copa, La Roque preguntó:

—¿No es aquí dónde vive tu familia?

Ella le miró como si se esforzara en comprender el oculto sentido de la pregunta.

Y, al mismo tiempo que su mano vacilante avanzaba hacia la copa, repuso:

—Yo no tengo familia. Te lo he dicho mil veces.

La Roque esperó a que apurara la última gota de la mortal bebida y volvió a llenar la copa.

En seguida se lanzó de nuevo al ataque:

—¡Vamos...! No se debe renegar de los parientes... aunque sean de la peor calaña.

Y subrayó la frase última, con

lo que consiguió que Jaquelina replicara:

—¿Qué dices? Cuando yo vivía en Francia, era una gran señora.

—Sí, mujer, ya lo sé...

Había empleado un tono ligeramente zumbón, que produjo su efecto.

—No lo creas, pero es verdad. ¡Yo era una gran señora! ¿Sabes? Y si no hubiera pasado... ¡bueno! todo lo que me ha pasado... no habría caído tan bajo como para estar ahora aquí contigo.

—No querrás hacerme creer que una mujer como tú ha estado casada alguna vez...

—¡Ya lo creo que estaba casada!

Y él, incrédulamente, exclamó:

—¡Vamos... vamos!

Jaquelina acabó de perder la paciencia y, después de vaciar la copa de ajeno, replicó:

—¡Estaba casada... y mi marido ocupaba un cargo muy importante!

—¡Ah! ¿Sí?

—¡Sí!... muy importante... era, ¿qué era?... ¡Ah, sí!... era juez... eso era... era juez, y ahora... debe ser ya mucho más ¿no crees tú?

—Todo esto que me cuentas es completamente nuevo.

—¡Ja... ja... ja! ¡Qué tonto eres!...

Ni siquiera tenía fuerzas para mantener la cabeza erguida. Le costaba mucho trabajo hablar. Los pensamientos y las palabras se le enredaban formando un laberinto. Todo esto animó a La Roque a continuar.

—El otro día me dijiste que hace cinco años que saliste de Francia.

—No. Cinco, no; veinte...

—Me dijiste cinco—mintió La Roque.

—No, veinte...

—Tú me contaste que te habías marchado a Indochina.

—¡Hum!... Eso sí es verdad.

—Y que tenías un hijo—volvió a decir al azar para obtener las verdades en el calor de la disputa.

—Sí, pero en Francia... es el hijo de mi marido... no es mi hijo... no es mi hijo...

Sorprendido de haber acertado, el aventurero continuó:

—Si tu hijo supiera que estás aquí, quizá se alegraría de verte.

—¿Alegrarse? ¡No sé!... Hace mucho tiempo que no me ve... no me conoce ya... No... además, no lo sabrá.

—Tu marido... ¡claro!... no era francés.

—¿Cómo que no era francés!

—¡Si tú misma me has dicho que se llamaba Hamby! ¡Ese no es un apellido francés!

—¡Estás borracho!... Lo equivocas todo... Hamby era el otro... era el negrero... Mi marido se llamaba Floriot... Luis Floriot. ¿Te enteras?

—¿De veras se llamaba Floriot?

Jaqueline le miró con un gesto de estúpido asombro. De súbito, al oír el nombre de su esposo en labios de La Roque, adquirió la confusa impresión de que se estaba traicionando.

Trató de disimular, sin comprender que era demasiado tarde ni que su estado le impedía mantener una actitud de farsa:

—¡Qué cosas tan raras dices! Mi marido se llamaba Chandoz.

—¡Embustera! Tu marido no se llamaba Chandoz.

—Te digo que sí.

—¡Bueno, bueno!—exclamó La Roque, seguro de que nada nuevo lograría averiguar y dándose por satisfecho con los datos que había obtenido—. Has bebido demasiado. Ahora, a dormir.

La cogió del brazo para ayudarla a levantarse, pero la ayuda fue insuficiente. No podía mantenerse en pie. La Roque tuvo que cogerla fuertemente de la cintura. Jaqueline resía torpemente.

—¿Qué me pasa?... ¡Alguien me sujeta los pies!... ¡Esto parece la plataforma de la risa!... Es que

estás borracho... Los dos estamos borrachos...

Se dejaba conducir, pero, de pronto, se detuvo y se volvió hacia el velador con avidez.

—¡Mi botella! — gimió—. ¿Dónde está mi botella?

La Roque se la entregó.

—Toma. Aquí la tienes.

Ella la rodeó con ambos brazos y la estrechó fervientemente contra su seno.

Sólo entonces se dejó conducir a la habitación inmediata por la puerta de comunicación.

Allí estaba su lecho. Se desplomó en él como un fardo...

XI

—Se puede?

Se había abierto sigilosamente la puerta y apareció un rostro que acusaba la procedencia judía del visitante.

La Roque, que estaba solo en el gabinete, porque Jaqueline dormía en la alcoba su última borrachera, se volvió y tuvo un gesto de alegría al reconocer al visitante.

—¡Hola, Merrival! — dijo en voz baja—. Adelante.

Entró seguido de otro tipo de parecida estatura. Ninguno de los dos tendría menos de cincuenta años. Las ropas de Merrival y de su compañero oían a casa de compraventa o a almacén de falsas antigüedades.

—¿Qué tal, Perissard? — dijo La Roque, al mismo tiempo que estrechaba la mano del otro.

—Encantado de volverte a ver.

Les ofreció una silla a cada uno, al lado del velador.

—Sentaos.

Merrival se arregló la pequeña manta que llevaba sobre los hombros.

—Supongo que nos has llamado porque el asunto está ya maduro.

La Roque miró hacia la puerta de comunicación al mismo tiempo que se llevaba un dedo a los labios.

—Hablad bajo... Está en esa habitación.

—Descuida — repuso Perissard con voz leve como un soplo.

Y Merrival susurró:

—Bueno: ¿qué hay del asunto?

—Pues hay que ella lo abandone, dejando al hijo los quinientos mil francos de su dote.

—¡Caramba!

—¿Y cómo se llama ese individuo? — inquirió Perissard.

—Ya os diré el nombre cuando nos hayamos puesto de acuerdo.

—¡Vaya un modo de tener confianza en los amigos!

La Roque sonrió.

—Sé muy bien con quién me juego los cuartos.

—Bueno. Dejemos eso y vamos a lo práctico—terció Merrival—. ¿Cuáles son tus planes de ataque?

—Muy sencillo. Vosotros os presentáis en su casa y le decís al marido que vais de parte de su mujer a reclamar los quinientos billetes grandes "que se dejó olvidados al marcharse"...

—Hablará éste — interrumpió Perissard—. Conoce mejor ese género de oratoria.

—¡Eso es! — protestó Merrival—. Yo hablo y tú escuchas. Después, nos repartimos a medias las ganancias. ¿Sabes que es un negocio estar asociado contigo?

—Dejad las discusiones para otro momento más oportuno—in-

tervino La Roque—. Vosotros le decís lo que os he dicho. Es muy posible que el sujeto se muestre inasequible e indignado. Entonces vosotros le explicaréis dulcemente que su señora está dispuesta a guardar silencio si se le devuelve el dinero, pero que si no... hay muchos medios indiscretos y ruidosos de reclamar... ¿Estamos?

—No estará de más — apuntó Merrival, astutamente—, para ponerla en situación, contarle la interesante historia de su señora desde que salió de Francia hasta que ha vuelto.

—Bueno, ¿pero el negocio para quién es? — inquirió Perissard en plan de hombre práctico.

—Eso no se pregunta — replicó La Roque rápidamente—. Para mí.

—¡Eso es! Y nosotros trabajaremos por amor al arte.

—Bueno, bueno. Eso ya se verá oportunamente—intervino Merrival, conciliador.

Se abrió de pronto la puerta que comunicaba con la habitación inmediata y Jaqueline entró en el gabinete.

En su mirada leyó La Roque que había escuchado la conversación mantenida entre él y sus dos colegas. Conservaba aún, en la expresión de su rostro y en sus mo-

vimientos, vestigios de su mal dormida embriaguez.

La Roque, que no perdía la serenidad por nada del mundo, le dijo amablemente:

—Te voy a presentar a dos buenos amigos. El señor Merrival y el...

Pero Jaquelina no le dejó terminar.

—¿A qué han venido? — preguntó airadamente.

Merrival y Perissard se miraron. No les gustaba nada la actitud de aquella mujer.

—Han venido — repuso La Roque sin inmutarse — a ponerse de acuerdo conmigo sobre los detalles de cierto negocio...

—¿Un negocio como todos los tuyos, claro!

Con rápida transición, replicó La Roque:

—Te prohíbo...

—¿Qué me prohibes? — interrumpió enérgica Jaquelina—. No puedes prohibirme nada. Yo soy una mujer libre...

—¿Demasiado libre! — dijo, ya fuera de sí, La Roque.

—Por lo mismo que no tengo nada que perder, puedo darme el gusto de ir ahora mismo a avisar a la policía para explicarle cuáles son vuestros negocios.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca?

—¡Y estos dos se van a ir de aquí ahora mismo! ¿Me oyen? — exclamó dirigiéndose a los visitantes.

—¿Quieres callar? — la amenazó La Roque.

—No, no me callo. No quiero que engañes a estos dos... caballeros — y añadió dirigiéndose nuevamente a ellos —: ¿No comprendéis, imbéciles, que os quiere embargar en un asunto sin salida? Sé muy bien las tonterías que os acaba de contar... Que soy una gran señora... ¡una gran señora, yo!... ¡Y vosotros lo creéis!... Es una trampa que os tiende en combinación con la policía.

—Sí, sí, claro — afirmó irónicamente Merrival.

—¡Está borracha! — dijo Perissard en voz baja.

La Roque, acercándose amenazadoramente a Jaquelina, la increpó:

—¡Estás loca!

Pero ella no se acobardaba.

—No, no estoy loca. ¿Es que tengo aire de gran señora? Miradme... y miradle también a él. ¿Creéis que una gran señora puede vivir con un tipo como éste?

—¡He dicho que te calles!

Y La Roque en el colmo de la

furia, la zarandeó, cogiéndola de un brazo.

La sonrisa de desprecio había desaparecido de los labios de Merrival.

—¿No te parece que esto se va poniendo feo?—preguntó a Perissard en voz baja.

—Más que feo; horrible—repuso el colega en idéntico tono—. Me escama sobremanera la rebeldía de esta mujer.

—Entonces, creo que lo mejor sería hacer mutia por el foro.

—En efecto.

Y no tuvieron que esforzarse mucho para poner en práctica su

propósito. Jaquelina les prestó una eficaz ayuda.

Se había ahalanzado sobre ellos amenazadoramente y rugió, más que dijo:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

Merrival y Perissard se levantaron.

Acaso pretendieron dar algunas explicaciones al dueño de la casa acerca de su marcha un poco anormal, pero Jaquelina ni siquiera les dió tiempo a decir adiós. Les empujó hacia la puerta y no cesó de ayudarles hasta que estuvieron al otro lado del umbral.

XII

Jaquelina y La Roque quedaron solos y frente a frente.

En los ojos penetrantes del chantagista había una aguda, punzante y terrible amenaza.

Ella sonrió.

—Estás furioso porque te he estropeado el negocio ¿verdad?...

Yo estaré borracha, pero eso no me impide darte cuenta de tus canalladas.

Sin apartar de ella aquella mirada cruel y penetrante, La Roque se acercó a Jaquelina. La cogió de una muñeca:

—Tú no sabes lo que has hecho.

Los labios se le torcían en una mueca horrible. Los dientes le rechinaban.

—¡Suéltame! — protestó Jaquelina.

Pero él, en vez de soltarla, retorció brutalmente, con perversa lentitud, la muñeca de que se había adueñado.

Ella lanzó un grito de dolor, pero él continuó su obra de tortura.

Jaquelina cayó al suelo con el rostro desencajado.

—He dicho que tu rebeldía ha de costarte cara—declaró La Roque—. No lo olvides.

Y Jaquelina, debatiéndose en su dolor y en su impotencia, le increpó:

—¡Canalla! No te basta con ser chantagista y ladrón. Quieres ser además un asesino.

La Roque había encendido un pitillo con toda parsimonia mientras Jaquelina se levantaba trabajosamente.

De pronto, como si la primera bocanada de humo le hubiera inspirado, el chantagista exclamó:

—Después de todo, tienes razón... He estado a punto de cometer una insensatez... ¿Qué necesidad tengo de mezclar a nadie en mis asuntos?

Requisió el sombrero y el bas-

tón, se abrochó la americana, dió dos tironcitos a los puños de la camisa y se dirigió a la puerta.

Jaquelina, sospechando las intenciones del canalla, le salió al paso.

—¿Dónde vas?

—Vuelvo en seguida.

—¡Quiero saber a dónde vas!

La Roque, sonriente, decidió satisfacer la curiosidad de su compañera.

—Ya puedes figurártelo. Voy a hacer una visita a tu marido y a tu hijo.

—¡Te prohibo que salgas de aquí!—exclamó Jaquelina cortándole el paso con los brazos en cruz.

Por toda respuesta, La Roque lanzó una carcajada de burla y la apartó violentamente.

A consecuencia del empujón, Jaquelina fué dando traspiés hasta la mesilla de noche.

Una idea acudió de súbito a su mente. La única solución que podía tener el problema.

Abrió el cajón, empuñó el revólver y apuntó a la espalda de La Roque.

—Si das un paso más!...

Pero él sin ni siquiera dignarse volverse, abrió la puerta y se dispuso a cruzar el umbral.

Jaquelina apretó el gatillo. Sonó el disparo que hizo retumbar

la casa y La Roque se desplomó.

Con el rostro desencajado, en la mano el revólver, humeante aún, Jaqueline se acercó al caído.

Vió que en su pecho la camisa mostraba una mancha de sangre que se agrandaba rápidamente. Su rostro tenía la expresión característica del agonizante. La bala le había atravesado el corazón.

Estuvo contemplándole, con una

mezcla de terror y estupefacción, hasta que alguien formuló esta pregunta:

—¿Qué ha hecho usted?

Jaqueline levantó la cabeza. Reconoció al portero. Estuvo un momento contemplándole con mirada estúpida. Por fin, repuso con voz sorda:

—¿Le he matado!

XIII

El carcelero la avisó de que en el locutorio la esperaban.

—¿Quién?

—El abogado defensor.

—¡He dicho que no quiero abogado! Dígaselo usted.

—Ya se lo dirá usted misma. A mí me han ordenado que la haga salir y he de cumplir con mi obligación. ¡Vamos!

Jaqueline se dejó llevar.

Desde que estaba en aquella celda se había convertido en una automática sobre la que resbalaban todas las adversidades sin impresionarla lo más mínimo.

En el locutorio estaba Raimundo, pero ella no vió en él nada que le distinguiera de los demás. Un hombre, un hombre joven. ¿Qué lejos estaba de sospechar que aquella persona era su hijo! En cuanto a él, hubiera tomado por loco al que le dijera que aquella mujer era su madre. Su madre había muerto hacía muchos años. El no podía recordarla porque la perdió cuando apenas había aprendido a decir mamá. Así se lo había dicho su padre, y así se lo había repetido muchas veces.

Sin embargo, se sintió atraído

hacia aquella mujer de un modo extraño.

Su actitud, su silencio le inspiraban una profunda piedad.

Era un caso único. El caso más difícil que pudiera presentársele a un abogado. Una defendida que no quería defenderse.

Bien se le alcanzaba lo que un fracaso en su primera actuación podía significar para su porvenir. Sin embargo, no le inspiraba rencor ninguno aquella mujer. Al contrario le interesaba profundamente, le apasionaba su caso sin precedentes en los anales de la Justicia, sentía incluso hacia aquel ser una admiración rayana en la reverencia. Calda en la miseria de todos los vicios, destrozado su honor y todas las virtudes de que puede hacer gala un alma de mujer, conservaba sin embargo el hermoso heroísmo de renunciar a justificarse, sin duda para que sus miserias no trascendieran al público.

El heroísmo de aquella reserva era mucho más brillante aún tratándose de una víctima de pésimos antecedentes. Hablando, podría incluso obtener la libertad. Sin embargo, allí estaba, con la cabeza baja, turbia e indiferente la mirada, en una actitud que revelaba claramente su propósito de seguir encerrada en su obstinado silencio.

Raimundo le ofreció una silla.

—Siéntese, señora.

Ella se dejó caer en el asiento como un fardo.

—Estoy aquí para ayudarla — explicó Raimundo mientras tomaba asiento a su lado—. Como no ha querido usted elegir abogado, he sido nombrado de oficio para defenderla.

—No necesito defensor — repuso Jaquelina tercamente.

—Es la costumbre, señora.

Había pronunciado estas palabras en el tono de quien quiere justificarse.

—Además—añadió—. Debe usted reflexionar. Sobre usted pesa una acusación de asesinato...

—Y con razón—le interrumpió Jaquelina—, puesto que he matado a un hombre.

Hubo cierta aspereza en el tono de su voz, que Raimundo interpretó como un deseo de terminar cuanto antes aquel diálogo.

No obstante, el letrado continuó, persuasivo:

—Pero es necesario, cuando menos, que intentemos salvar su vida. Si usted quisiera decirme...

Pero Jaquelina, obstinadamente, le atajó:

—¡No! Déjeme usted... No quiero ayuda de nadie... No conse-

guirá usted arrancarme una sola palabra.

—Pero ¿no comprende que es absurdo encerrarse en esa actitud suicida? Usted debe decirme lo preciso para que yo intente salvarle la vida.

Ella le miró. Había en sus ojos una expresión de extrañeza.

—¿Salvar la vida?... ¿Ha dicho usted salvar la vida?... Y ¿para qué quiero yo salvar eso? La vida ha sido para mí un calvario... Sólo he encontrado en ella dolores, ne-
gruras, penalidades sin cuento... ¿Y quiere usted que yo intente salvar... eso? ¡No, no! He sufrido demasiado. Lo que quiero, lo que anhelo es que me maten cuanto antes...

Y, desesperada, con súbita exaltación, repitió entre sollozos:

—¿Lo oye usted? ¡Que me maten!

Raimundo, dulcemente, le puso una mano en el hombro:

—¡Vamos, vamos!... — le dijo, tratando de consolarla.

Y ella cada vez más hundida en

la desesperación, continuaba sollozando:

—¡Es horrible!... ¿Para qué este proceso?... ¿No saben que no quiero decir nada, que lo acepto todo?... ¿A qué ese empeño en torturarme?

—¡Vamos! Un poco de valor, se lo ruego... Hágalo usted siquiera como un último sacrificio...

—No puedo... no puedo...

—Ese hombre la hizo sufrir ¿verdad?... Sí, estoy seguro. ¿Cuándo le conoció usted?

Pero ella, cada vez más obstinada, cada vez más afligida, se irguió.

—No contestaré nada, no quiero contestar. No quiero que sepa nadie quién soy, ni de dónde vengo, ni por qué lo ha matado... ¿Déjeme usted! No quiero que se sepa nada. Márchese... ¡por piedad!

Y se refugió en su llanto.

Raimundo, en pie ya y guardando un silencio respetuoso, la contempló un momento.

Después, lentamente, pensativo, salió del locutorio.

XIV

—¿Qué tal, querido maestro?— preguntó Noel en son de broma a Raimundo.

—No estoy para bromas, Noel. Tengo un miedo horrible.

—No seas tonto—intervino Floriot, dándole ánimos—. Todo irá bien, hijo mío.

—¡Qué ha de ir bien, papá! Es muy fácil decirlo, pero no sé cómo se puede defender a una mujer que ha matado a un hombre disparándole dos tiros por la espalda; que ha declarado que lo volvería a matar, que no demuestra el menor arrepentimiento y que no quiere decir quién es ni por qué ha matado.

—¡Hombre! ¡Magnífico! — exclamó en tono humorístico Noel—. ¿No era un caso difícil lo que deseabas para tu primera defensa? Pues ahí lo tienes.

—Sí, pero no tanto, ¡caramba!

—Te voy a dar un consejo, hijo mío—dijo entonces Floriot—. En estos casos hay una salida que es

de gran efecto siempre en el jurado. Lleva todo el interés hacia el hombre, acumula sobre él todas las acusaciones. Como está muerto, no protestará, y, por muy culpable que sea la mujer, los jurados, que son hombres, derramarán lágrimas por ella si la presentas como una víctima.

—Haz caso a tu padre—apoyó Noel—. Conoce todos los trucos, y la estupidez humana no tiene secretos para él.

—Sí... pero...—insinuó con desaliento Raimundo.

—Bueno—le atajó el padre tratando de infundirle energías—. No hay que ponerse así. Se trata de salir del paso y nada más.

—Es que esa mujer me interesa, papá; me da pena. Quisiera poder hacer algo por ella.

—Bueno, bueno, no te preocupes. ¿Sabes que Rosa está en la sala? Ha venido a verte debutar.

—¿Sí? ¡Pobre! ¡Cómo va a su-

frir si no salgo alroso! Además, el que te hayan designado un sitio en el tribunal, ha sido el golpe de gracia para mí.

—¡Vamos, vamos! — exclamó jovialmente Noel—. Apuesto cien contra uno a que esa mujer escapa a los rigores de la justicia.

Esta conversación tenía lugar en los pasillos de la audiencia.

Raimundo vestía por primera vez la toga de letrado. Estaba preocupado, nervioso, más de lo que, siempre prudente, había dejado entrever en su conversación con Noel y con su padre.

No era precisamente su muy posible fracaso lo que le importaba. Esto había ido quedando poco a poco relegado a un segundo término. Era la sospecha, inquietante y dolorosa, de que él iba a contribuir a la muerte de aquella desdichada. No había sabido arrancarle las confesiones necesarias para levantar sobre ellas un discurso de defensa eficaz.

Acaso otro abogado más hábil habría conseguido hacerla hablar, y, en consecuencia, salvarle la vida.

Porque sobre eso sí que no abrigaba Raimundo la menor duda.

Cualquier palabra, cualquier prueba que facilitara aquella mujer, sería una acusación abrumadora para la víctima, de la que tan

pésimos informes había adquirido.

Cada vez le preocupaba más aquella mujer y cada vez sentía hacia ella más admiración.

El ejemplo extraordinario de aquel caso le había tenido muchas noches en vela, buscándole una explicación lógica que ni remotamente pudo encontrar. Todos los razonamientos se estrellaban contra la enorme contradicción de aquella vida: una dignidad perdida, arrastrada por los suelos, hundida en el lodo, y sin embargo lo bastante fuerte para surgir por entre todas las miserias, como un gallardete simbólico del heroísmo. ¿Quién hubiera esperado un tan formidable ejemplo moral en un espíritu relajado, destrozado por todos los vicios y por todas las humillaciones? ¿Cómo podía compaginarse una cosa con la otra? ¿Qué misterio, terrible o admirable, había detrás de aquel mutismo?

Un ujier se acercó a decirle que la vista iba a comenzar y Raimundo se dirigió a la sala.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para borrar de su rostro las huellas de la abrumadora preocupación.

Lo contrario hubiera equivalido a aumentar la victoria del contrario, confesando por anticipado el fracaso propio.

XV

La sala estaba repleta de público, de un público anhelante de curiosidad, que no apartaba los ojos de la acusada.

Ella, acodada en la especie de harrera que la separaba de todos los presentes y que parecía significar su incompatibilidad moral con las personas honradas, parecía ausente de todo. Su mirada turbia, fría, indiferente, se fijaba en la mesa de Raimundo, que estaba al pie de la harrera, pero era evidente que no la veía. Sus visiones eran internas, profundas, misteriosas. ¡Quién sabe lo que en aquellos momentos estaría sucediendo ante los ojos de su alma! Vería, a buen seguro, aquella historia que para los demás era un enigma y que llenaba de apasionamiento el ambiente de la sala.

Al lado del acusador estaba sentado el padre de Raimundo.

También en su espíritu había

una sombra de preocupación e inquietud. En los treinta años que llevaba ejerciendo su carrera no se le había presentado un asunto tan difícil. ¿Cabía esperar que Raimundo saliera airoso de la peliaguda empresa?

Había tratado de animarle, de infundirle confianza en sí mismo, pero aquellas palabras de aliento, habían sido la máscara de un estado de ánimo completamente distinto al que aparentaba.

Pero ¿le había visto Jaquelina? ¿Le había reconocido?

Sí. El estaba mucho más viejo, pero sus facciones eran las mismas. En ella, por el contrario, todo lo habían cambiado el continuo tormento y la zarpa desgarradora del alcohol.

Jaquelina no se había inmutado al verle. Hacía mucho tiempo que lo había borrado de su alma, como se borra el recuerdo de un amigo

ocasional, o mejor aun, de un enemigo de una hora.

Volvió la cabeza con indiferencia después de reconocerle y se absorbió de nuevo en el misterio de sus preocupaciones.

Como no miró a la sala, no pudo ver el rostro anhelante de Rosa, que también hubiera reconocido, ni el de Noel, el noble amigo, al que recordaba y recordaría siempre.

Habían desfilado algunos testimonios que no revelaron nada interesante para el público, el cual continuaba pendiente de cualquier gesto de Jaquelina como si en él pudiera descubrir el misterio de la apasionante historia.

Ahora había entrado a declarar un nuevo testigo.

—¿Su nombre, edad y profesión?—preguntó el presidente del tribunal.

—Casimiro Fontaine: treinta y un años; agente de policía—repuso el testigo.

—¿Dónde vive usted?

—Pasaje Jollivet, 9.

—¿No es usted pariente ni amigo de la acusada?

—No, señor presidente.

—¿Ni está usted a su servicio?

—No, señor presidente.

—¿Jura usted declarar la ver-

dad, toda la verdad? Levante la mano y diga: juro.

—Juro—contestó solemnemente el testigo.

—Baje la mano y haga su declaración.

El testigo se concentró en sus propios pensamientos y comenzó a decir:

—El tres de abril, a eso de las cinco de la tarde, estaba yo imponiendo una multa a un chofer que había atropellado a un perro, cuando el portero de una casa próxima vino hacia mí corriendo para manifestarme que se acababa de cometer un crimen. Le seguí inmediatamente y penetré en la casa donde acababa de realizarse el tremendo drama. Subimos la escalera y, junto a la puerta de una habitación del segundo piso, vi el cadáver de un hombre bañado en su propia sangre, y yo, con mi natural inteligencia...

Al oír esta ingenua confesión, una unánime carcajada del público interrumpió al declarante.

El presidente agitó con violencia la campanilla y exclamó:

—¡Esto es intolerable! ¡Voy a mandar desalojar la sala!

La amenaza produjo un efecto instantáneo. ¿De qué sacrificios no hubiera sido capaz aquella gente con tal de no privarse del apasio-

nante espectáculo de aquel proceso ruidoso?

—Siga usted—ordenó el presidente al testigo.

Y éste siguió con énfasis:

—Consciente de mi deber, me dirigí a la asesina y...

Pero Raimundo no le dejó continuar.

—¿Por qué la llama usted asesina? — le preguntó dirigiéndole una mirada acusadora.

—¡Hombre!—repuso el testigo campechanamente—, porque acababa de asesinar.

—¿Usted la vió?

—¡Claro que la vi!

—¿De modo que usted la vió disparar?

—¡Ah!, eso no.

—Entonces ¿cómo sabe usted que fué ella la que disparó?

El testigo se quedó un poco confuso.

Diga — le apremió Raimundo—, ¿cómo sabe usted que fué ella la que disparó?

—Me lo dijeron — contestó el guardia con tono inseguro.

—¿Quién?

—El portero.

—El portero acaba de declarar que él tampoco había visto nada.

La sala prorrumpió en mormoleos de aprobación y todos los ojos se dirigieron a la acusada con la esperanza de descubrir en ella un

gusto de alegría, o, al menos, de complacencia. Pero nada de eso pudieron ver. Jaquelina continuaba abstraída, hundida en su amargo silencio. Acaso no había oído una sola de las palabras pronunciadas allí.

En Floriot, en cambio, se que hubo un movimiento de satisfacción, que en vano había intentado disimular.

El acusador, comprendiendo que la oportuna intervención de Raimundo no podía quedar en el aire, si no quería comprometer su triunfo, se levantó y replicó vivamente:

—El letrado olvida sin duda que hay una declaración de la acusada.

—La acusada—repuso Raimundo—se encontraba en manifiesto estado de inconsciencia por embriaguez.

—Calma, señores letrados—intervino el presidente—. Es necesario que el testigo concluya su declaración.

Raimundo, oportuno, contestó:

—Perdón, señor presidente, pero no hay que olvidar que en aquel momento salieron de la casa dos hombres que parecían huir y a los cuales, por desgracia, no hemos podido encontrar. Permítame el señor presidente lamentarlo.

—Yo también lo lamento. Por lo demás, el letrado convendrá en

que no cabe la menor duda sobre el acto criminal de la acusada. Todas las declaraciones la acusan.

Y, dirigiéndose al testigo, le preguntó:

—¿Tiene el testigo algo más que declarar?

—No, señor presidente.

—Entonces puede retirarse.

Y el testigo se dirigió majestuosamente a la puerta de salida. Tenía la sensación de que acababa de hacer algo grande, digno de escribirse al lado de las memorias de Sherlock Holmes.

XVI

El presidente se dirigió a la acusada y en la sala se produjo un silencio sepulcral, de enorme expectación.

—Acusada, le hemos proporcionado cuantas ocasiones han estado al alcance de nuestras manos para que se justifique. Deploro que no se haya dado cuenta de la gravedad de su situación. No hay ningún motivo para que se obstine en renunciar a su defensa. Por última vez, le pregunto: ¿Tiene algo que declarar? ¿Quiere explicar los móviles de su delito?

Silencio. La mirada de Jaquellina seguía pendiente de visiones internas, profundas. Ni siquiera pa-

recía haber oído las palabras del presidente.

Raimondo le suplicó en voz baja:

—Por Dios, señora, ayúdeme.

Pero ella no hizo más que sonreír amargamente. Era todo lo que podía hacer por aquel hombre con el que no podía menos de simpatizar por la dulzura con que la trataba y por la generosidad que revelaba al compartir su pena.

Una amarga sonrisa. Más, no. Y el presidente, con voz solemne, dijo:

—La acusación tiene la palabra.

De nuevo la sala se llenó de rumores. El público estaba seguro

de que se avecinaban revelaciones importantes. Iba a conocer todo lo malo que la justicia hubiera podido descubrir en el alma de la acusada.

Se levantó el acusador y, después de dirigir al banquillo una mirada que era un anticipo de lo que iba a decir, comenzó su peroración.

—Señores del jurado, no voy a retener mucho tiempo vuestra atención. No es necesario. El crimen que vais a juzgar es la simplicidad misma: la mujer que mata a su amante. ¿Quién es esta mujer? ¿Cuál es su nombre, su origen, su familia, su vida? Todo lo ignoramos... La acusada se ha negado sistemáticamente a responder a todas las preguntas que se han hecho hasta al punto de que, en su triste fama de delincuente, el pueblo le ha dado el sobrenombre de "Mujer X". Incluso en estos momentos definitivos se obstina en guardar su mutismo peligroso. ¿Por qué procede así? Señores del jurado, no os dejéis influir por ese misterio en que la acusada quiere envolverse para dar, seguramente, un interés apasionante a su figura. Nuestro corazón no debe conmoverse en presencia de una culpable cuyos labios no han dejado escapar una sola palabra de arrepentimiento, ni siquiera una explica-

ción, un motivo que tal vez hubiera podido salvarla de la última pena. Y es que, señores del jurado, hasta ahí llega la maldad de la acusada. Prefiere una pena mayor que la que tal vez merece, a hacer un servicio a la Justicia. Pero ¡bah! no nos asombremos de que rechace un deber quien no ha conocido jamás las virtudes más elementales del ser humano.

Una vez más se produjo un prolongado rumor en la sala.

¿Era consecuencia del discurso de la acusación?

¿Era que el letrado había logrado llevar al ánimo del público la convicción de que aquella mujer era un monstruo de perversidad?

No. Era algo mucho más sensacional. Era que la "Mujer X" se había puesto en pie y había lanzado este grito de protesta:

—¡Quiero hablar, quiero hablar!

¿Qué había ocurrido para que se produjera aquel cambio?

Fue una protesta contra la perversidad que representaba aquel hombre, cuya misión era o pretendía ser velar por la Justicia.

Que uno cualquiera, un La Roque, un Hamby, fuera injusto y cruel, no la sorprendía ni la indignaba. Esos pobres y despreciables seres habían nacido para el egois-

mo, o su maldad podía ser consecuencia de su dura lucha por la vida. Ni de Hamby ni de La Roque podía esperar nada cuando aquél la recogió en las calles de China y cuando éste la encontró en un hotel de San Francisco. Los dos le hablaron de una operación que tenía todo el rigor y toda la frialdad de un negocio. Ni uno ni otro disimuló su condición. No le sorprendió lo que había hallado en ellos.

Pero ahora, al ver que aquel hombre que se investía con la toga de la justicia se deleitaba, con frialdad y refinamiento, en ir agrandando sus lacras y en atribuirle otras de que su alma adolecía, no pudo evitar aquel movimiento de indignación y de protesta y, levantándose, había lanzado aquel grito que tanta sensación había producido en la sala.

Dos gendarmes le habían sujetado. Los movimientos de la acusada estaban sometidos a una vigilancia estrechísima.

Raimundo se levantó también para tratar de reprimir sus ímpetus. No sabía qué era peor: si su obstinado silencio o que ahora, de buenas a primeras, sin consultarle nada, se levantara a hablar probablemente con una ingenuidad que la había de comprometer.

—Pero ¿qué va usted a decir? Será preferible que usted me dé los datos de su declaración y que la haga yo por usted.

Había pronunciado estas palabras en voz baja y en tono de súplica, pero ella contestó en voz alta, con creciente energía:

—¡Quiero hablar! ¡Nadie más que yo puede explicar mi delito!

Raimundo, con abrumada resignación, volvió a ocupar su silla. Se había hecho en la sala un silencio tan profundo que claramente se percibía el jadeo de la acusada, fatigada por la breve lucha que acababa de mantener.

Y en aquel silencio comenzaron a caer sus dolientes palabras.

—No reclamo ninguna indulgencia, no quiero que nadie intervenga en mi favor. Quiero solamente obedecer a mi conciencia que me reclama esta declaración. No daré pruebas, no citaré nombres. Así mis confesiones, legalmente, no servirán para nada y no podrán tomarse como una farsa urdida para procurarme la salvación. Así mi desinterés será evidente y nadie dudará de la sinceridad de mis palabras.

Hizo una breve pausa y añadió:

—La Roque era un miserable. Hice bien en matarlo porque, de otro modo, no hubiera recibido el

castigo que merecía. Estaba muy acostumbrado a burlar las leyes y conocía bien todos los puntos débiles del código. La Roque iba a cometer conmigo un crimen mucho mayor que el que yo cometí en su persona. La Roque iba a atentar contra lo único puro que quedaba ya en mi vida, contra lo único que me merecía respeto y veneración: mi hijo...

Al pronunciar esta palabra la emoción rompió en sus labios el hilo de su discurso. Y, por una especie de alucinación colectiva, la misera mujer adquirió de pronto a los ojos del público una aureola de santa. Y es que en una mujer no hay nada tan sublime como el ser buena madre.

Los ojos de las mujeres se empañaron cuando ya por las mejillas de Jaquelina habían rodado dos lágrimas.

—Cuando La Roque me encontró—prosiguió la acusada—yo había caído ya en lo más bajo. La Roque descubrió el secreto de mi vida y quiso hacerlo público. Un vulgar chantage, diréis. Pero ¡ah!, es que para mí ese secreto vale más que mi propia vida. Yo tengo una familia, un esposo, un hijo. Hace muchos años, para castigar una falta de la que yo misma me acuso, mi marido me arrojó de su ca-

sa. Y esto que en otras circunstancias tal vez hubiera sido justo, en aquellas no pudo serlo. No pudo serlo porque en aquella casa cuya puerta se me prohibió cruzar había un hijo mío, un hijo de mis entrañas... ¿Sabéis lo que significa esto? ¿Sabéis lo que significa separar a una madre de su hijo? No pretendo que lo comprenda el tribunal. En él sólo hay hombres y los hombres no saben de esas ternuras recónditas, muy superiores al amor que ellos sienten, porque esto es sólo amor y lo que yo sentía y siento por mi hijo es como un sople del cielo, como un don otorgado directamente por la mano de Dios. No, no me dirijo al tribunal; me dirijo a cuantas mujeres haya en la sala y estén ya ennoblecidas por la maternidad. Decidme vosotras: ¿Tiene nadie, bajo ningún concepto, derecho a separar a una madre de su hijo?

Hubo en la sala un intenso rumor y, de pronto, se oyó sobre él el grito de una madre, mezclado con un sollozo:

—¡No!

El presidente agitó la campanilla.

—¡Silencio!

Y la acusada continuó:

—Desde entonces he pasado por todas las miserias, por todas las

vergüenzas. He querido olvidar. Pero en vano. La Roque supo quién era yo y quiso servirse de mi secreto para llevar a cabo un abominable chantage con mi marido y con mi hijo. ¡Con mi hijo, que me cree muerta! Y yo que por tantos tormentos he pasado, yo que he aceptado tantas vergüenzas y tantas abominaciones, me rebelé contra ese propósito porque no iba contra mí sino contra mi hijo. El no debía saber ni debe saber nunca lo que yo he sido. El debe creerme muerta, él debe conservar un recuerdo limpio de su madre. Por eso maté y por eso volvería a ma-

tar si el caso se repitiera. Por eso callé y por eso callaré hasta mi último momento... Esto es todo, haced de mí lo que queráis. No me importa. Al contrario, la muerte será para mí una liberación. Será inútil que se me haga una pregunta más. No daré un nombre, no diré nada que pueda conducir al esclarecimiento de mi personalidad. Por mi hijo seguiré siendo la "Mujer X". Y si me matáis, me sentiré orgullosa de haber hecho por él el sacrificio de mi vida. Ahora sólo os pido que me dejéis llorar en paz.

XVII

Se desplomó en su asiento, ocultó el rostro entre las manos y prorumpió en amargos sollozos.

Otra vez hubo en la sala un amplio rumor. Era que respiraban desahogadamente los que durante el discurso habían contenido el

aliento cuanto les fué posible impulsados por la emoción de las declaraciones de la "Mujer X". Era que se movían los que habían permanecido en la misma posición desde que la acusada comenzara sus confesiones. Era que las mujeres,

las madres, no podían contener ya su llanto.

El tribunal permanecía inalterable, impasible. Sólo Raimundo había empalidecido de emoción al escuchar a su defendida, y sólo el padre de Raimundo parecía haber comprendido aquella explosión del corazón de una madre.

Floriot estaba cabizbajo. Sus ojos desorbitados se fijaban con horror en la mesa que servía a sus brazos de apoyo.

Aquella historia era la misma que la de Jaquelina. Aquel mal marido que había abusado de su autoridad y del apoyo que le prestaban las leyes, podía ser él. Aquella acusación contra un hombre que se excedió al imponer un castigo, convirtiéndolo en vil venganza, le había herido en pleno corazón porque también él la merecía.

De pronto, una duda terrible le había asaltado. ¿Sería Jaquelina la acusada?

Su pensamiento, horrorizado, había rechazado esta suposición. Pero he aquí que precisamente entonces comenzó a descubrir afinidades entre aquella pobre mujer y la madre de su hijo. Su voz estaba enronquecida por el alcohol, pero en el fondo de ella había como un matiz de semejanza con la voz inolvidable de Jaquelina. En el rostro

habían dejado huellas profundas los sufrimientos y los años transcurridos, pero también detrás de aquella máscara se advertían rasgos que le recordaban a la esposa desaparecida.

Se estremeció ante estos hechos formidables e inesperados. Su cabeza pareció hundirse más aún en sus hombros doblados por el dolor.

Apenas oyó la voz de Raimundo que se había levantado para decir:

—Un poco de piedad, señor presidente. Vea el tribunal el estado de mi defendida. Solicito la suspensión de la vista.

—No me parece justificado lo que el letrado solicita.

Entonces se volvió a levantar el acusador. Era preciso arrojar sobre el jurado un jarro de agua fría, era preciso desvanecer el efecto que las sinceras palabras de la acusada habían producido. No dudaba de esa sinceridad y comprendía la emoción de los oyentes, pero la justicia es rígida y no puede dejarse llevar de impresiones.

—Señores del jurado — dijo el acusador —. No hay que dejarse impresionar por esta salida trágica que tiene todos los caracteres de una maniobra de última hora. Me explico, de todos modos, que haya

sido suficiente para conmover a un defensor tan joven como Raimundo Floriot.

Al oír este nombre, Jaquelina se estremeció y lanzó un grito indefinible, un grito agudo, desgarrado, en que se mezclaban la alegría, la sorpresa, el dolor.

Miraba a su defensor, ¡a su hijo!, con ojos desorbitados. Un loco deseo de arrojarse en sus brazos y estrecharlo contra su corazón de madre la había poseído. Pero su heroísmo culminó en aquel momento y tuvo el valor abogado y sublime de contener aquel impulso refugiándose de nuevo en su llanto, ahora más violento y desgarrador.

Raimundo se había levantado para auxiliarla. Interpretó aquel grito como una simple consecuen-

cia de la tensión de sus nervios. Y, cogiendo una mano de la acusada, la acarició con ternura:

—¡Vamos, vamos! Hay que ser fuertes hasta el último momento.

Ella se estremeció dulcemente al sentir en su mano la caricia de las de su hijo. Se abandonó al querido contacto y se dijo que no le habría importado morir así.

Floriot se había estremecido también. Aquel grito había sido para él una plena ratificación de lo que sospechaba. Sí, aquella mujer era Jaquelina. Allí estaba su esposa, su mártir, allí estaba la prueba encarnada de su injusticia, de su cruel rigor.

Destrozada el alma, conturbado su pensamiento, velados sus ojos por el dolor, volvió a caer en su actitud pensativa, de vencido.

XVIII

El acusador había pronunciado sus últimas palabras. Nadie las había oído, nadie daba crédito a sus frías acusaciones, después de la declaración, rezumante de dolor y de sinceridad, de la "Mujer X".

Y en aquel ambiente propicio, Raimundo comenzó a decir:

—Señor presidente, señores del jurado: Todos sabéis que éste es el primer caso en que actúo... Yo había preparado cuidadosamente unas cuantas palabras que pensaba deciros para ayudaros a comprender el caso de esta pobre mujer, pero ella se me ha adelantado. Acaba de poner ante vuestros ojos su historia, que es un ejemplo de valor y de sacrificio. Llega incluso a desear la muerte para que su hijo no pueda avergonzarse de ella... Pero ese sacrificio no debe prosperar, señores. Ese hombre, ese marido, no puede continuar entre nosotros, respetado y

tal vez hasta admirado por todos...

—¡No, no! ¡Silencio!

Era la "Mujer X" la que había hecho esta interrupción incomprensible para todos, pero que Floriot había comprendido perfectamente. No quería que su hijo lanzara la acusación que apuntaba en sus labios, porque aquella acusación iría dirigida contra su propio padre.

Pero Raimundo continuó cada vez con más vehemencia:

—Es él, ese hombre cruel, el que debía estar sentado en ese banquillo, porque no tuvo corazón, no tuvo piedad para una madre que lloraba por su hijo... ¿Quién es ese hombre que se cree tan puro, que puede permitirse el juzgar a los demás con la máxima dureza? ¿En nombre de qué razón pudo privar a esta mujer de su hijo?...

Se detuvo, porque cada vez le era más difícil contener su emo-

ción; y llevándose al pecho la crispada mano como para sujetar un sollozo, añadió:

—Yo os aseguro que si ese hijo supiera ahora la verdad, abrazaría con toda su alma a esta desgraciada y se sentiría más orgulloso de llamarla madre que de llamar padre al hombre que, por falta de piedad, la convirtió en una ruina dolorosa. Si no, no sería ese hijo hombre honrado ni tendría derecho a gozar del amor maternal.

La "Mujer X", que hasta este momento había permanecido como fascinada por las fervorosas palabras de su defensor, ¡de su hijo!, por aquellas palabras que resonaban en su corazón de madre como una música divina, que lloraba silenciosamente de felicidad, no pudo seguir conteniendo los impulsos de su alma e imploró:

—¡Basta, basta! No puedo más...

Pero Raimundo tenía todavía mucho que decir.

—Señores del Jurado, no tengo que pedir os la vida de esta mujer. En el fondo de vuestra conciencia sentís como yo que ha sufrido ya un castigo cien veces mayor que el que pueda merecer su delito. Tened presente el calvario de todos esos años de destierro, huyendo de su pasado para que su hijo pudiera tener un porvenir. Desplazada de

la sociedad, sufriendo todas las humillaciones... ¿Seréis capaces de disponer ahora de su vida? Yo os aseguro que no hubiera podido defenderla si algo dentro de mí, algo fuerte y misterioso, no me lo pidiera a voces. Obrad como hombres, no como jurados. ¿Podéis negar un poco de piedad a esta desgraciada que no la ha conocido nunca? Esto es todo lo que tengo que decir, señores del jurado.

El revuelo que entonces se produjo fué enorme. El público hacía comentarios en voz alta y comenzaba a desalojar la sala atropelladamente. Ya estaba todo visto. No habría corazón humano capaz de no reaccionar ante el espectáculo sublime y doloroso de aquel ejemplo de madre. Hasta por los rostros más recios y más viriles resbalaban lágrimas de emoción.

En medio de este bullicio, el presidente, sintiéndose impotente para dominarlo, dijo:

—Se suspende la vista para que delibere el jurado.

No podía la acusada dar un solo paso. Raimundo la condujo a una habitación contigua a la sala. En vano intentó tratar de fortale-

cerla con palabras de esperanza. Ella lloraba rendida por las emociones.

Entró Noel acompañado de Floriot. El rostro de éste estaba desenchajado. Los dos abrazaron a Raimundo.

—¡Has estado admirable, hijo mío!—balbuceó Floriot sollozando como una criatura.

Ella levantó los ojos.

Cruzó con su marido una mirada que fué como un choque de emociones infinitas.

—Le presento a mi padre, señora—dijo Raimundo al ver que se miraban.

Pero ella desvió rápidamente la vista y volvió a hundirse en su llanto, ya silencioso y lento, como si el raudal de sollozos se fuera agotando.

Una vez más, Raimundo intentó infundirle ánimos:

—Esté usted tranquila. Todo se arreglará. Estoy seguro de que el jurado será benévolo con usted, por haber sentido y comprendido.

Pero ella contestó con una sonrisa de deleite que era como una luz entre sus lágrimas:

—No me importa lo que decida el jurado... Me basta con saber que mi hijo, dondequiera que esté, me hubiera defendido sin avergonzarse de mí.

—El hijo que no hiciera eso con su madre, no sería un hombre: sería un monstruo.

Floriot había entablado una desesperada lucha consigo mismo.

—Voy a hablar—dijo al fin.

Pero ella le dirigió una mirada que era una orden terminante.

—No tiene usted nada que decir. Raimundo lo ha dicho todo.

Después alzó la mirada hacia Raimundo al mismo tiempo que sus manos buscaban las de él.

Y dijo con expresión inefable, con tono cuya dulcísima ternura Raimundo no pudo comprender:

—No sé cómo pagarte lo que has hecho por mí.

Y con voz trémula y tenue como un suspiro, imploró:

—¿Me dejas que te dé un beso?

El no pudo contestar, tanta era su emoción. Se limitó a inclinarse para rodear con sus brazos a la "Mujer X", al mismo tiempo que los de ella se enlazaban con santa ternura al cuello de Raimundo.

Lo besó. Fué un beso largo, suavísimo. De pronto sintió Raimundo que aquellos labios se enfriaban sobre su rostro. La presión de aquellos brazos fué desapareciendo también y la "Mujer X" se desplomó, exánime.

—¡Pronto! ¡Un médico!—gritó Raimundo.

Acudió el doctor en seguida, la examinó y dijo:

—Está muerta.

Floriot tuvo un gesto de horror y Noel le vió ahogar desesperadamente un sollozo.

—¡Calla!—le dijo el buen amigo en voz baja—. No la traicionas. Una palabra, un gemido tuyo, podría echar a rodar en un se-

gundo el sublime sacrificio que ella ha sabido sobrellevar durante tantos años.

Y Raimundo cayó de rodillas al lado del cuerpo inmóvil, cogió una de aquellas manos que ya empezaban a enfriarse y dijo una vez más, entre sollozos:

—Por encima de todas sus miserias era una mujer admirable.

FIN

Al aparecer

la 3.^a edición de "LA MUJER X" han sido publicados los números siguientes de Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica:

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Sargoff o El Correo del Zar.—La prisionera que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nanús, el hombre que se vendió.—Cobas.—El fin de Montecarlo.—Vida Bohémia.—Zará.—¡Adiós, juventud!.—El judío errante.—La mujer demand.—Camenova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beni Geste.—Los vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Tripoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malmera.—El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bojarina de la Opera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Popúlar.—Lo cierto muchacho.—¡Nostalgia!—La ruta de Singapur.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melódia del amor.—Cristina la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Las cosechas.—Icaros.—El ronda de Montecarlo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tuti.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La vida del 98.—Espejismos.—Evangelios.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egipcio.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nodde.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Cerro.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Estopa.—El precio de un beso.—La raposía del recuerdo.—Drákhatesen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de Infantería.—Olinquia.—Monsieur Sans Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente, marchen!—Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charco.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos.—Ben-Hur (edición popular).—La incorregible.—El malo.—El pavo real.—Bajo los techos de París.—Wu-li-Chung.—Montecarlo.—Camino del Infierno.—¡Mío eris!—¡Alaluya!—La mujer que amamos.—Al compás de 3/4.—La princesa se enamora.—Amanteo de amor.—El gran desfile (edición popular).—De Barry, mujer de pasión.—La viuda alegre (edición popular).—Ángeles del infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—Esposa a medias.—Esclavas de la moda.—Pecar Café.—Hay que casar al príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada puerta un amor.—¡Conoce a tu mujer?—El millón.—La mujer X.—Gente alegre.—La ley del harén.—La flama sagrada.—La fruta amarga.—Viuda trunca da.—La hija del mar.—Tabú.—El pasado conca.—Pará porras largas.

que han constituido series tanto éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

PRÓXIMOS NÚMEROS:

La esperada parrección

Trader-Horn

Película milagro de la METRO-GOLDWYN MAYER

por Harry Carey, Edwin Booth, etc.

Interesantísima producción de aventuras. Lo más emocionante que se ha visto hasta nuestros días. Gran asunto.

Un yanqui en la Corte del Rey Arturo

Amenísimo asunto, de gran éxito

Hablado en español, por Will Rogers, Maureen O'Sullivan, Myrna Loy, etc.

El Código Penal

Emocionante asunto, hablado en español, por

Barry Norton, María Alba, etc.,

La pura verdad

Hablada en español, por la gentil Enriqueta Serrano

Deliciosas canciones - Magnífico asunto

ESTUDIANтина

por Ramón Navarro y Dorothy Jordan, etc.,

¡SIEMPRE LO MEJOR!

¡ Últimos grandes éxitos !

- El precio de un beso*, por José Mojica y Mons. María. (6 ediciones)
Del mismo sexo, por Mons. María y Juan Torrens. (6 ediciones)
Ladrón de amor, por José Mojica y Mons. María. (4 ediciones)
El valiente, por Juan Torrens. (2 ediciones)
El preñado, por José Crespo. (2 ediciones)
El gran chanco, por Maurice Chevalier y Claudette Colbert. (2 ediciones)
Sevilla de mis amores, por Conchita Montenegro y Ramón Novarro. (3 ediciones)
Rio-Har, por Ramón Novarro y May Mac Avoy. (Edición popular)
El mallo, por Dolores del Río y Edmund Lowe.
Rajo los techos de París, por Albert Préjean, Pola Ylony y Gaston Modot
Wu-li-Chang, por Kameto Vichez, Angélica Benítez y José Crespo
Montecarlo, por Jeanette Mac Donald y Jack Buchanan. (2 ediciones)
Mis sueños, por Jeanette Mac Donald y Reginald Denry
Atalaya (el alma negra), por Daniel L. Haynes, Nina Mae y Max Kinney
Camino del infierno, por María Alba y Juan Torrens. (2 ediciones)
La mujer que amamos, por Verna Banks.
Al campo de la, por Greta Tholmer, Yvonne Rieger y Walter Jantzen
La princesa se enamora, por Charles Farrell y Maureen O'Sullivan
Amante de amor, por Norma Shearer, Lewis Stone y Robert Montgomery
El gran desfile, por John Gilbert y Renée Adorée. (Edición popular)
Du Barry, mujer de pasión, por Norma Talmadge, Conrad Nagel, William Parum, Robert Haworth, etc.
La viuda alegre, por Max Murray y John Gilbert. (Edición popular)
Ángel del infierno, por Jean Harlowe, James Hall y Ben Lyon
Corpo y alma, por Jorge Lewis, Ana María Custodia, José Nieto, etc.
El impostor, por Juan Torrens, Blanca de Castejon, Carlos Villalón, etc.
Esclavas de la moda, por Carmen Larrahehi, Blanca de Castejon, Julia Peña, Dalia de Pomes, etc.
Peut-être, por Maurice Chevalier, Yvonne Valles, etc.
Hay que casar al príncipe, por José Mojica, Conchita Montenegro, etc. (4 ediciones)
Inspiración, por Greta Gathu, Robert Montgomery, Lewis Stone, etc.
El precio de Mary Dugan, por María Ladrón de Guevara, José Crespo, Ramón Novarro, Rafael Bisellas, Evelyn María, etc. (2 ediciones)
En cada puerto se ama, por José Crespo, Conchita Montenegro, Juan de Landa, etc.
Murciellas, por Mariana Dietrich, A. Menjou, G. Cooper, etc. (2 ediciones)
¿Creen a tu mujer?, por Carmen Larrahehi, Ana María Custodia, Rafael Bisellas, Miguel Ligerio, Mampel Arbo, etc.
El millón, por Annabella, René Leleuvre, Vanda Greville, etc.
La mujer X, por María Ladrón de Guevara, J. Crespo, R. Rivalles (3 edic.)
Gente Alegre, por Rosita Moreno, Roberto Rey, Ramón Novarro, etc.
Mar de fondo, por George O'Brien, Marjorie Leslie, Mons. María, etc.
La dama jugada, por Evelyn María, Martín Garralaga, Luana Alexia, etc.
La ley del harén, por José Mojica, Carmen Larrahehi, etc. (3 ediciones)
La cruz anarga, por Juan de Landa, Virginia Fibregas, etc. (2 ediciones)
Vidas truncadas, por Ann Harding, Clive Brook, Conrad Nagel, etc.
La Seta del mar, por John Barrymore, J. Bennett, etc.
Talá, interpretada por naturales de las islas donde se desarrolla la acción. (2 ediciones)
El preñado nuevo, por Luana Alexia, Harry Norton, etc. (2 ediciones)

El éxito editorial del año lo ha
constituido la edición del libro
con el argumento de la película
y el diario de viaje del director
de la misma W. S. VAN DYKE

A través de Africa con **TRADER HORN**

16 ilustraciones en el texto, de 240 intere-
santisimas páginas. Portada a toda color.

6

De venta en los buenos quioscos
y en todas las librerías de España

Precio: **5 pesetas**

¡NOVEDAD! Fotografía en colores de

JOSE MOJICA

en papel couché superior y pegada a cartón, formando
así un verdadero cuadro

Pídala a su librero

Venta enorme

Precio: 30 cts.

Se está agotando la quinta edición de la nueva
BIOGRAFIA-INTERVIU de

JOSE MOJICA

Con letra de las canciones: El precio de un beso, Ladrón de amor
y Hay que casar al Príncipe

Precio: 50 cts.

Éxito de la colección de asuntos rusos EL FILM RUSSO

Números publicados: El exprés azul, El batelero del Volga, El
pueblo del pecado, El espía, La danza roja y Iván, el terrible.

Precio: 50 cts.

No deje de adquirir:

La Novela Cinematográfica del Hogar

Inimitables asuntos - 52 páginas de amena y sana literatura

Postal regalo en bicolor.

Precio popular: 30 cts.

Coleccione usted la nueva novela

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Números publicados: ¡Danzad, locos, danzad! y El Estudiante
mendigo

Precio: 50 cts.

NOTA IMPORTANTE: Si le interesa alguna novela y no la encuentra en su quiosco o librería habituales, pídanosla y, contra remesa de su importe en sellos de correo o giro postal según su cuantía, se la enviaremos seguidamente.

Ex Great Blau

3/11

2,650

E. B.

Precio: Una peseta